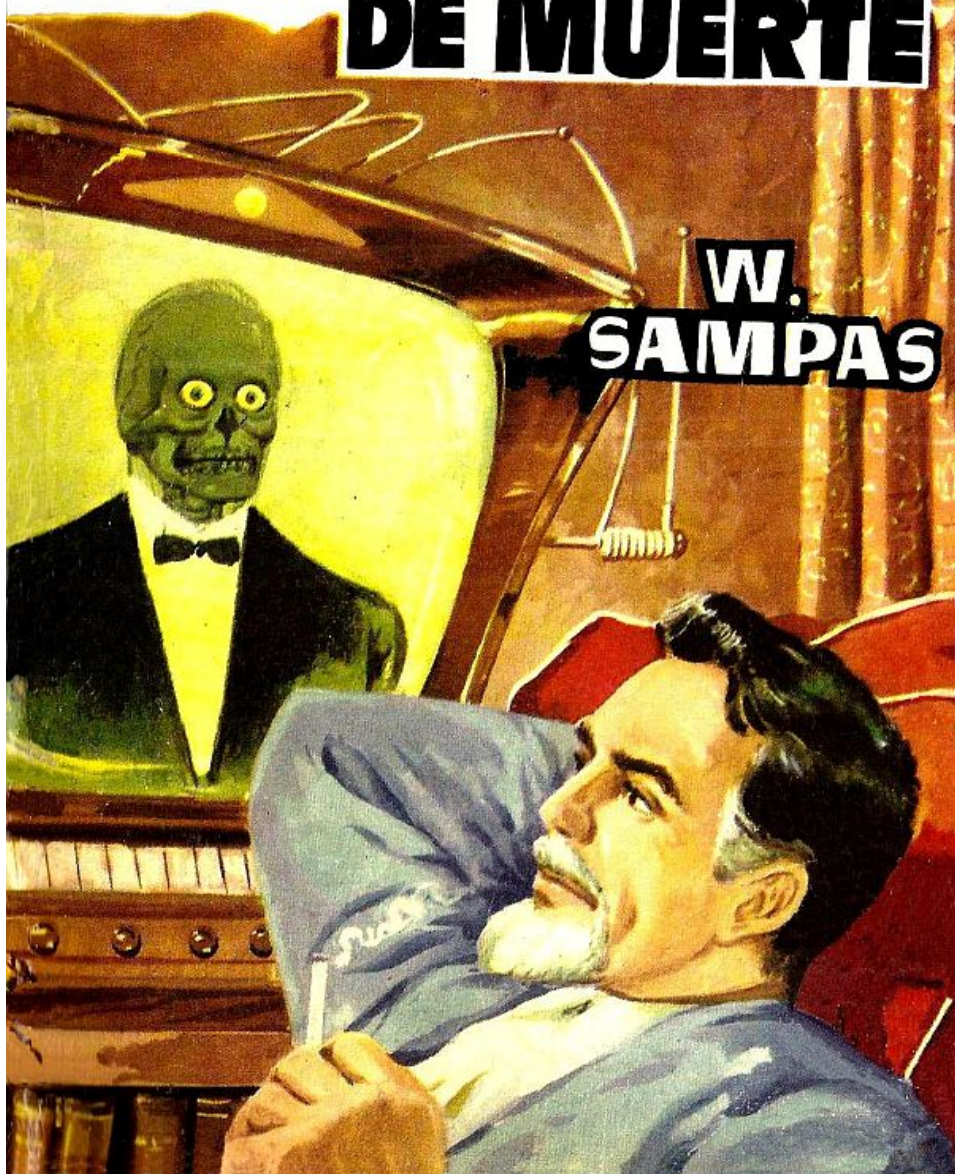




EMISIÓN DE MUERTE

W.
SAMPAS



El Traductor no tardó más de minuto y medio en «vomitar» una hoja con todos los datos que la máquina había «escrito» en su lenguaje de agujeros. Y Lucien, con la traducción en la mano, volvióse entonces hacia los demás hombres que desde hacía más de media hora permanecían sentados, sin moverse, guardando un silencio entre respetuoso y expectante.

Lucien se sentó frente a ellos.

Echó una rápida ojeada a las cifras con el entrecejo fruncido.

—Señores —dijo—: los datos de este nuevo cálculo confirman plenamente, lo que ya sabíamos.



W. Sampas

Emisión de muerte

Bolsilibros:

S. I. P.

(Spacial International Police) - 33

ePub r1.0

Lds 15.06.18

Título original: *Emisión de muerte*

W. Sampas, 1960

ePub modelo

LDS

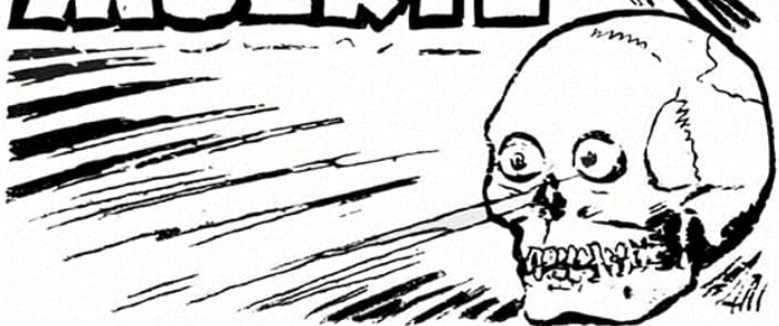
, basado en ePub base r1.2



EMISIÓN DE MUERTE



EMISIÓN *de* MUERTE



CAPÍTULO PRIMERO



El hombrecillo se volvió de espaldas a los otros cuando oyó el chasquido revelador de que el

I. E. G.

había terminado su cálculo, dentro de la masa complejísima de sus relés electrónicos.

El

I. E. G.

—Integrador Estadístico General— ocupaba casi la totalidad de la estancia y era una máquina enorme, de superficie pulida, con multitud de cuadrantes sobre su cara anterior, la visible, donde agujas de todos los tamaños se movían como dotadas de vida propia.

El hombrecillo, *monsieur* Lucien Talier para todos los demás, esperó pacientemente que la larga cartulina rayada saliese por la ranura donde había puesto la mano. Cuando la tuvo entre sus largos y delgados dedos, pasó al otro extremo de la estancia, metiéndola

en una especie de monumental máquina de escribir —el Traductor Universal— que iba a convertir las perforaciones del

I. E. G.

en cifras y datos comprensibles para todos.

El Traductor no tardó más de minuto y medio en «vomitar» una hoja con todos los datos que la máquina había «escrito» en su lenguaje de agujeros. Y Lucien, con la traducción en la mano, volvióse entonces hacia los demás hombres que desde hacía más de media hora permanecían sentados, sin moverse, guardando un silencio entre respetuoso y expectante.

Lucien se sentó frente a ellos.

Echó una rápida ojeada a las cifras con el entrecejo fruncido.

—Señores —dijo—: los datos de este nuevo cálculo confirman plenamente, lo que ya sabíamos.

—¿De dónde proceden? —inquirió uno de los presentes.

—De París y Roma, las dos únicas ciudades que, por el momento, parecen ser las afectadas por esta epidemia de... de...

—... de suicidios —concluyó el que había hablado antes.

—Eso es. Tenemos aquí la cifra global, superior a cualquiera otra, pero cuya cantidad exacta no nos importa. Si la consideramos como cien, veremos enseguida que sólo un tres por ciento es explicable: es decir, corresponde a suicidios que, en cierto modo, tienen su explicación: enfermos mentales, vagabundos, alcohólicos..., etcétera.

—¿Y el resto?

—Lo demás, el noventa y siete por ciento, constituye el núcleo del problema: atentados contra la vida de personas con una seria situación económica y sin ninguna causa que justifique su acción.

—¿Qué dicen los médicos?

—Nada. En ninguno de los casos estudiados han encontrado detalle alguno que pudiera explicar lo que han hecho.

—¿Entonces?

—No lo sabemos. Eliminada la versión médica, no tenemos más remedio que comunicar estos hechos a quien puede resolverlos.

—¿Quién?

—La Spacial International Police.

—¿Cree usted, entonces, que se trata de algo criminal?

—Lo ignoro, pero no podemos permanecer con los brazos

cruzados. Muchas de estas personas, fallecidas, hicieron viajes espaciales; es decir, según las estadísticas todas ellas han estado fuera de la Tierra.

—¿Quiere decir algo ese detalle?

Lucien sonrió tristemente.

—No lo sé. Ya se darán cuenta, señores, que como miembros del Departamento Estadístico del Consejo Mundial, estamos obligados a comunicar al Consejo todas las anomalías que descubramos. Y ésta es una muy importante.

—Desde luego.

—El que la gente se suicide ha sido siempre un problema social, producido por las causas más diversas.

Se suicidaban los ricos y los pobres, dentro de una proporción que nunca faltaba a una regla estadística determinada. El número de atentados contra la vida oscilaba siempre alrededor de una cantidad fija, con pequeñísimas variaciones.

«Pero ahora nos encontramos ante una verdadera ola de suicidios, sobre todo en París y Roma. Todos ellos, o casi todos, se dan en gente que no debían tener preocupación alguna que les condujese a la muerte voluntaria. Negociantes, artistas consumados, capitanes de empresa... en fin, personas que gozan de una situación privilegiada y que, sin embargo, y lo que es más importante, sin motivo, han puesto fin a sus días.

»El fenómeno tiene algo de particular y mucho de extraño, ya que echa por tierra todos los cálculos de nuestro Departamento. ¿Por qué se suicida esa gente? ¿Qué les impele a ello? ¿Son ellos los responsables directos de su muerte...?

—En este último caso, amigo Talier, la cosa dejaría de ser suicidio para convertirse en asesinato.

—Naturalmente. De ahí mi convicción plena de que la SIP podrá ahondar un poco en el problema y hasta descubrir la causa oculta de todo esto.

—¿No será un caso de chantaje lo que impela a esos desdichados a quitarse la vida?

—No he descartado esa hipótesis, amigo mío. Pero ya comprenderá que corresponde a la SIP el averiguarlo.

—Tiene usted razón. ¿Me permite otra pregunta?

—Las que quiera.

—¿A qué es debido que estos sucesos ocurran solamente en París y Roma?

Lucien volvió a sonreír.

—No sabe usted, amigo mío, cuánto daría yo por poder contestar a esa pregunta. No crea que tal localización no me haya hecho pensar durante todo este tiempo, puesto que tiene que haber una explicación a que los suicidios de esa clase se produzcan en nuestra ciudad y en la capital italiana; pero desdichadamente, ignoro la causa.

No hubo ninguna pregunta más y Luden se puso en pie.

—Espero de ustedes, caballeros, la discreción de siempre. Nosotros, los del Departamento de Estadística, proseguiremos reuniéndonos como de costumbre. Y aunque entreguemos el asunto de lleno a la SIP, estoy seguro que seremos informados de cuanto esa organización policíaca vaya descubriendo. Nada más, amigos míos...

* * *

Claude salió de la casa.

No se volvió hasta que estuvo al otro lado de la calle, mirando entonces al uniformado portero que cerraba la alta verja. Aquel gesto tenía para el joven como una significación simbólica, ya que representaba el final de una ilusión que había acariciado desde hacía muchísimo tiempo y con especial intensidad desde que salió de Ruán, después de asistir al entierro de su padre.

Había esperado mucho de su viaje a París y de su visita a Pierre Verneux, el hermano de su padre, su tío carnal, uno de los hombres más ricos de la nación.

¿Esperado?

Sonrió ahora con melancolía al recordar los detalles de la entrevista; cuyo final simbólico se había llevado a cabo instantes antes al cerrarse para siempre la verja de la propiedad suntuosa del señor Verneux.

Su tío le había recibido en un despacho principesco, rodeado de un lujo asiático, con cuadros y joyas por todas partes; un verdadero museo, cuyo valor en millones de créditos habría de calcularse, forzosamente por metros cuadrados.

Y había sido allí, en aquel marco de riqueza incalculable, donde Pierre, frunciendo el entrecejo y antes de que el joven pudiera hacer o decir algo le dijera:

—Sé, Claude, a qué has venido. Me he enterado de la muerte de mi hermano y comprendo perfectamente tu situación económica. Pero lamentándolo mucho, no puedo; es decir, no quiero, para hablar claramente, hacer nada...

El señor Verneux prosiguió:

—Tu padre y yo recibimos a la muerte de tu abuelo, una cantidad completamente igual. Pero mientras yo trabajaba, haciendo lo imposible, sin medir sacrificios, por aumentar mi fortuna, tu padre se dedicaba a pintar cuadros sin pensar que lo que se gasta, sin tasa, no vuelve, jamás...

—¡Papá era un artista! —protestó el joven.

—¿Y eso qué quiere decir? —replicó su tío—. ¿De qué le ha servido amontonar cuadros al mismo ritmo que deudas y con una proporción semejante para ambas cosas?

Claude no dijo nada.

Y el otro, después de unos instantes de silencio, prosiguió:

—Y no creas que he olvidado que serás mi único heredero: ni me he casado ni he tenido descendencia de ninguna clase. ¡Consagré mi vida entera, al trabajo!

Había allí un reproche que Claude, furioso, no quiso pasar por alto.

—¡Puedes guardarte todo tu dinero, tío Pierre! Yo no había venido más que a pedirte un poco de ayuda,... algo para poder empezar.

—Es inútil. Ninguno de tus cuentos logrará ablandarme. Lo tendrás todo cuando yo muera. Así lo tengo dispuesto.

—¿Por qué no se lo dejas a la beneficencia?

—No. Estoy seguro que de aquí a unos años, lejos de la influencia nefasta que mi hermano ha tenido sobre ti, cambiarás, serás un hombre maduro, dispuesto a aprovechar sensatamente la fortuna que por entonces; te caerá en las manos...

Claude se mordió los labios.

—No tendrás que esperar tanto, tío Pierre... estoy sin un crédito y te aseguro que no estoy dispuesto a vivir años y años como un pobretón, esperando que te llegue la hora.

—Eso lo dices movido por la furia, pero la vida te dará experiencia y serenidad. Ya lo verás.

—¿Para qué escuchar más?

Claude volvió la espalda a su tío, abandonando la suntuosa estancia. Un mayordomo le hizo recorrer el mismo camino que había utilizado para llegar hasta Pierre.

Luego, hacía sólo unos instantes, la verja se había cerrado... para siempre.

Desde el otro lado de la calle, Claude echó una postrera ojeada a la casa, que el frondoso jardín que la precedía escondía casi por completo a sus ojos.

Luego empezó a andar.

La casa de tío Pierre estaba situada fuera de la ciudad, en uno de esos barrios residenciales donde sólo pueden habitar los que poseen una fortuna que hay que traducir en cifras con muchísimos ceros detrás de una unidad cualquiera, siempre hacia el nueve...

Se metió la mano en el bolsillo del pantalón, cogiendo con ella las pocas monedas que allí había, tintineándolas gravemente, como si desease hacer llegar a su menté toda la realidad de su pobreza.

Fue entonces cuando el lujoso vehículo frenó a su lado, junto al bordillo de la acera.

Se volvió.

Lo primero que vio fue aquella sonrisa, en una boca pintada, mostrando la doble hilera de una dentadura perfecta. Luego fueron los ojos, grandes y hermosos, azules, la naricilla respingona, la cabellera rubia, uno de cuyos rizos caía rebelde sobre la frente...

—¿Va usted a París? —inquirió ella.

Su voz era agradable, repleta de una musicalidad que quedaba en el oído, como si alguien hubiera lanzado al aire unas minúsculas campanillas de plata.

—Yo... —dijo él, sin saber qué agregar más.

—Ya lo sé. Usted no se atrevía a hacer «auto-stop», pero yo le he visto y soy de las que no pueden soportar el resto del camino sola, pensando que hay alguien que arrastra los pies por la carretera, cuando hubiera sido tan sencillo llevarle.

Le extrañó muchísimo aquella manera de expresarse de la joven; por otra parte, su espíritu estaba a mil kilómetros de una aventura amorosa, como la que parecía querer iniciarse allí.

Fue como si ella adivinase lo que Claude pensaba.

—No sólo hay amor en la vida —dijo, súbitamente seria—. También puede haber amistad simple, sobre todo cuando se lee la desesperación en el rostro de una persona, aunque ésta nos sea por completo desconocida.

Verneux se asombró.

—¿Cómo? ¿Se ve la desesperación en mi rostro?

—Desde luego. Ande, suba... Quiero demostrarle que hay gente buena que corre aún por el mundo.

Obedeció, pero no sin una cierta aprensión, que nacía de las ideas contradictorias que las palabras sibilinas de la muchacha habían puesto en su mente.

Durante la primera parte del trayecto, hasta que empezaron a adentrarse en la ciudad, teniendo entonces que disminuir notablemente la velocidad del vehículo, ella no dijo nada; pero cuando la intensa circulación la obligó a aminorar, dijo:

—Me llamo Jane.

—Yo soy Claude Verneux.

—¿Sabe usted algo de una especie de club que llaman «Alegría y Futuro»?

—Nunca he oído hablar de él. ¿Qué es?

—Algo verdaderamente especial.

Claude preguntó:

—¿Un «*dancing*» más?

—¡De ninguna manera! Yo lo conocía al llegar a París. Justamente como usted, atravesaba una época de mal humor y de desesperación. Uno de mis amigos me habló de ese lugar y acudí a él con el escepticismo que puede comprenderse.

—¿Solucionaron su estado de ánimo?

—Por completo.

Claude sonrió.

—De todas formas, no es lo mismo.

Había hablado como si su interlocutora no estuviese allí y acabase de dirigirse a su propia conciencia.

—Es natural que su problema no sea el mismo que el que yo llevé a aquella gente —dijo ella—. Pero estoy segura de que lo resolverán de la misma manera.

Él la miró.

—Todavía no comprendo cómo pudo usted detener el coche al verme junto a la calzada —dijo.

Jane explicó:

—Muy sencillo. Desde que los miembros de «Alegría y Futuro» me quitaron aquel horrible peso de encima, hago lo posible por ayudar, sea como sea, a resolver las angustias de los demás. La verdad es que estuve a punto de pasar de largo. Por fortuna iba despacio y pude ver en el espejo retrovisor cuando pasaba a su lado que su cara no expresaba, ni mucho menos, felicidad.

—¿Es usted una observadora de primera clase!

—Lo que deseo es ser útil a mis semejantes.

—Cualidad que le honra, Jane.

El coche se detuvo ante un edificio de planta moderna.

—¿Hemos llegado? —inquirió.

—Sí.

Abandonaron el vehículo, dirigiéndose hacia la entrada del edificio, en cuyo frontispicio se leía en grandes letras de color ameno, un «slogan» que hizo sonreír al joven:

«Esto es un oasis para ti, caminante: si tienes sed de amistad, detente. Si los demás te son indiferentes, pasa de largo...».

Una vez dentro, Claude se encontró en un amplio vestíbulo, con grupos de sillones esparcidos por todas partes. Sólo uno de ellos estaba ocupado por una pareja joven que conversaba con un hombre de edad.

—¿Cree usted en las ciencias ocultas? —le preguntó en aquel momento la muchacha.

—No.

—Pues pronto verá que hay hombres capaces de ahondar en nuestro espíritu, leyendo en él como en un libro abierto.

—Nunca me convencieron esas cosas.

Ella sonrió.

—Usted se convencerá como yo, amigo mío, ya le dije antes que si alguien llegó cargado de incredulidad a esta casa, ese alguien fui yo. Después me convencí de que sólo había sido hasta entonces una muchacha estúpida.

—A usted —dijo él— la creo, porque me parece habla con sinceridad. Pero he visto en muchas ocasiones gente que hacía profesión del engaño.

—Le comprendo, Claude.

Estaban ya junto al ascensor y cuando el «liftier» hubo cerrado la puerta tras ellos, la muchacha.

—Queremos ir al despacho del profesor Brocard —dijo.

Minutos después y tras haber llegado al último piso, penetraban en una estancia amplia, con las paredes pintadas de un impresionante color negro. Había unos sillones de cuero del mismo color y una mesa tras la que estaba sentado un hombre de anchas espaldas, con cejas intensamente pobladas y que miró a los recién llegados con un gesto que les indicó que debían sentarse.

Iba la muchacha a hablar cuando el hombre la detuvo:

—No diga nada, señorita; no es necesario...

—Usted es Claude Verneux —dijo, dirigiéndose al joven—, acaba de visitar a su tío Pierre, esperando de él un poco de comprensión y ayuda. Pero ha sido defraudado y se halla usted en una situación ciertamente desesperada.

Los ojos de Claude se abrieron como platos.

CAPÍTULO II



así a la misma hora, una muchacha joven, vestida con elegancia, penetraba del brazo de su prometido en el despacho del profesor Loremi, situado en un bello edificio en pleno centro de Roma y sobre cuya puerta se leía una frase idéntica a la que Claude había leído en París.

Loremi era un hombre delgado, nervioso, con mirada profunda. Y en aquel momento, extendía la mano hacia los dos jóvenes que acababan de sentarse en los sillones forrados de cuero negro, del mismo color en que estaban pintadas las paredes de la estancia.

—No digan nada —y miró a la muchacha—. Usted es Nina Soretti, Anoche estuvo usted en la casa de su pariente, la señora Gloria Soretti, de quien esperaba recibir un poco de ayuda, para poderse casar con el hombre que ama..., ¿no es así?

El asombro se pintó en los rostros de los jóvenes.

—Sí, es verdad... ¿Cómo lo sabe? —inquirió la muchacha.

—Eso no tiene importancia —y entornó los ojos, haciendo brillar

las pupilas con una intensidad elocuente—. Cuando se ha nacido con ciertos poderes, deben orientarse éstos hacia la consecución del bien para los demás.

Y tras una pausa, prosiguió:

—Lo que su pariente hace con usted, señorita es indigno. Sé también los motivos que impelen a esa dama a no ayudarle... No, no se sonroje, cuando se ama como usted lo hace, es orgullo y no vergüenza lo que debe experimentarse.

—¡Gracias, señor!

—También sé que esa señora la ha nombrado heredera universal, pero que usted no recibirá nada hasta su muerte. ¿No es cierto?

—Lo es.

—Pero todo podría arreglarse.

—¿Usted cree?

—Sí.

—Nosotros, profesor, estaríamos dispuestos a pagar si las circunstancias permitieran casarnos —intervino Pietro, el novio.

—Comprendo. Para mí, señor, el dinero no tiene ninguna importancia.

—Pero...

—Déjeme seguir, por favor. Yo vivo pobremente y ninguna riqueza humana me interesa: sólo la mente, el espíritu, lo psíquico y superior me importa. Por desgracia, esta organización humanitaria, «Alegría y Futuro», ayuda a muchos que no esperan, como ustedes, ninguna herencia. Es para ellos que pedimos, en cada caso, una cantidad equivalente a la décima parte de lo que nuestros amigos han de recibir por nuestra ayuda.

El muchacho hizo números, rápidamente.

—Eso sería unos quinientos mil créditos.

—Veo que calcula usted rápidamente, señor.

—Es mi oficio. Trabajo en un Banco —sonrió él.

—Pronto podrá ofrecer a su esposa algo más...

—Desde luego.

El profesor se puso en pie.

—Hermanos —dijo, con voz engolada—: pueden irse. Esperen tan unidos como hasta ahora, llenos de esperanza. Pronto tendrán noticias nuestras.

—Muchas gracias por todo.

—Un momento. Usted, señorita, al salir de aquí, haga el favor de seguir al ordenanza que le llevará hasta el despacho de nuestro administrador. Allí tendrá la amabilidad de firmar unos papeles..., simple cuestión jurídica.

—Así lo haré —repuso la muchacha.

Momentos después, abandonaban el edificio cogidos del brazo, dirigiéndose hacia el parque vecino, en uno de cuyos bancos se sentaron.

Permanecieron en silencio un momento.

—¡Soy muy feliz, Pietro! —dijo ella.

—Yo también, querida. Sólo pensar que pronto se cumplirán todos nuestros sueños, me llena de gozo.

Nina le ofreció los labios y él la besó largamente.

* * *

—Sentaos.

Los dos hombres obedecieron. Callowan, al ver que sacaban paquetes de cigarrillos, sonrió, comprobando las marcas diferentes y los distintos colores de ambas cajetillas.

Donald preguntó:

—¿Qué tabaco fumas, Jean?

El muchacho rubio, con ojos azules, alargó la cajita:

—«Gitanes», señor.

—¿Y tú, Toni?

El otro joven era moreno, con los cabellos aplastados y brillantes.

—«Domenica», *signore*... —repuso.

Hubo una pausa y Donald sacó su caja de habanos, encendiendo uno de ellos.

—Os he hecho venir, después de recibir un informe extenso del Departamento de Estadística del Consejo Mundial. Se refiere al número de suicidios que se han registrado en los últimos tiempos y a sus particularidades esenciales... todas ellas muy raras.

Les explicó, a grandes rasgos, el contenido del informe, subrayando el que el número más importante de muertes se diesen en gente rica, cuyos herederos, en general, habían sido defraudados

por sus parientes, debido a medidas drásticas en cuanto al contenido de los testamentos.

—En todos los casos —dijo—, el dinero de los fallecidos ha ido a parar a sus parientes, concretamente determinados por la sucesión legal. Pero, del mismo modo, en ninguno de los casos hemos encontrado un motivo que justificase que ninguna de esas personas tuviera que poner fin a su vida.

—Es la diferencia —concluyó diciendo— que existe entre un suicidio y un asesinato.

—¿Entonces —inquirió el francés—, cree usted que se ha empujado a la muerte a esas personas?

—No lo sé, pero es la primera idea lógica que me ha venido a la cabeza. Sin embargo, no hay prueba alguna de que tal cosa haya ocurrido. Y para que os deis cuenta de cómo han ocurrido los dos casos de los que vais a ocuparos, voy a relataros, con detalle, los dos.

Echó una bocanada de humo, y entornando los ojos, continuó:

—Empecemos por Pierre Verneux. Era un hombre al que todo le iba bien. Habiendo recibido una pequeña fortuna de su padre, supo engrandecerla hasta convertirse en uno de los hombres más ricos de Francia, suponiéndosele cerca de mil millones de créditos.

»Hace unas semanas y después de un período de casi tres años en los que sus negocios, yendo bien, no habían sufrido ningún impulso, acertó una operación fabulosa, con un éxito completo.

»Una noche, cuando acababan de comunicarle sus agentes comerciales que había conseguido lo que se proponía, cogió uno de sus coches, yéndose a estrellar contra un árbol, en la recta flamante de la autopista que, saliendo de París, se dirige a Orleans».

—¿No fue un accidente?

—Hubiera podido serlo, a pesar de que un ciego puede conducir por aquella autopista. Pero Verneux, para que no hubiese duda alguna, dejó una larga carta explicando al juez que ponía fin voluntariamente a su vida sin variar en nada el testamento, que hacía de su sobrino Claude, su heredero único y universal.

Un silencio se estableció en el despacho de Callowan; luego, el jefe de la SIP, prosiguió:

—El segundo caso se refiere a la señora Gloria Soretti. Dueña de casi la totalidad de las casas de antigüedades de Europa, había

destinado a su heredera, la señorita Nina Soretti, cinco millones de créditos, dejando el resto, casi todo en obras de arte, a los museos italianos. Sus negocios iban viento en popa, su salud era excelente y se trataba de una mujer llena de alegría y optimismo.

«Una mañana, después de levantarse y cuando la servidumbre preparaba una fiesta que iba a dar en su casa en honor de un joven pintor italiano, tomó una dosis letal de un medicamento, dejando una carta en la que explicaba que estaba cansada de vivir».

»En ambos casos no encontramos justificación alguna que explique la terrible decisión que sus protagonistas tomaron. No había nada de desesperado en sus vidas; bien por el contrario, podían considerarse felices desde todos los puntos de vista. Y de la misma manera los suicidios registrados por el Departamento de Estadística del Consejo Mundial, responden a esas características en más de un noventa y cinco por ciento».

—Pero si los herederos legales han sido los beneficiados, ¿cómo explica usted que se hayan puesto de acuerdo?

—No se han puesto de acuerdo, ya que en general, no se conocen y ni han oído hablar los unos de los otros.

—¡Es fantástico!

—Desde luego. Este problema es de los que nos van a dar trabajo. Por el momento, desdichadamente, no podemos más que iniciar unas investigaciones preliminares, encaminadas a descubrir algo si tenemos un poco de suerte, en las personas de los herederos de Pierre Verneux y Gloria Soretti.

—¿Qué espera usted descubrir?

—Lo ignoro. Pero quiero saber cuanto antes, si esa gente recibió consejo o ayuda de un tercero, o si son completamente inocentes..., aunque esto último me extrañaría mucho. En caso de haber sido ayudados por alguien, han debido pagar fuerte. Por lo tanto, lo primero es saber qué destino han tenido los importes de las herencias respectivas.

—¿Investigar sus cuentas corrientes?

—Evidentemente. Conocemos por el Fisco las sumas exactas que Claude y Nina recibieron. En el primer raso, mil millones para Claude Verneux y en el segundo, cinco millones para Nina Soretti. Los Bancos podrán informarnos de cómo se hallan esas cantidades en la actualidad y en el caso de que se hayan pagado de golpe fuertes

sumas, tendremos un detalle que los interesados deberán explicarnos.

—Bien.

—Tú, Jean, saldrás para París inmediatamente. Sé que Claude se ha quedado en la casa de su tío. En cuanto a ti, Toni, irás a Venecia, donde la señorita Nina espera casarse dentro de unos días con un tal Lucio Otero, que ya está con ella en la ciudad de, los canales.

—Pero antes de abordar a esos jóvenes, investigues el estado de su dinero y obren con cautela, ya que estoy más que seguro de que si hay alguien detrás de todo esto, es un hombre hábil que cuenta ya con la intervención de la policía.

—Tendremos cuidado.

Callowan aspiró la última bocanada de humo de su habano y lo dejó sobre el cenicero.

—Éste es mi último cigarro hasta que el caso esté resuelto. Ya conocéis mi costumbre, ¿eh?

—Procuraremos que pueda fumarlos pronto, señor.

—Gracias. Informarme de todo lo que vayáis descubriendo y abrid bien los ojos. No olvidad que si alguien empuja a la muerte a mujeres y hombres con una frialdad demoníaca, no se detendrá ante dos agentes de la SIP.

Una vez fuera de la Central, los dos jóvenes se dirigieron hacia el Espaciódromo, donde tomaron un Cohete Intercontinental que, haciendo escala en París, pasaba también por la Ciudad Eterna.

* * *

Jean Level, el agente francés de la SIP, sonrió al salir del Banco de Francia. Ahora que sabía que Claude había dispuesto, días después de la muerte de su tío, de una suma tan importante como la de cien millones de créditos, se confirmaba plenamente, la tesis de Callowan.

Subiendo a su coche, se dispuso a tener una conversación con el nuevo millonario. Y así, lentamente, contento de haber empezado con el pie derecho su misión, dirigióse a la mansión suntuosa de los Verneux, situada en las afueras de la ciudad.

Un elegante mayordomo le abrió la puerta.

—¿Qué desea? —inquirió, con cara de «póker», expresión

universal de todos los mayordomos conocidos.

—Ver al señor Verneux.

—Me temo que sea imposible. Mi amo no recibe.

—Pues yo me temo que sea posible. Dígale que un agente del Fisco desea verle con urgencia.

El otro torció el gesto, desgarrando un poco la impasibilidad de su expresión.

—Tenga la amabilidad de pasar y esperar un poco.

—Eso me gusta más.

El «hall» era una pequeña muestra de la riqueza que debía extenderse por el resto de la casa.

«Desde luego —pensó el agente—, una cosa así ruede empujar a muchos hombres a cosas que no harían normalmente...».

Había encendido un cigarrillo y esperó, pacientemente. Hasta que el mayordomo reapareció, silencioso y solemne, inclinándose ante él.

—Tenga la amabilidad de seguirme, señor —dijo.

Obedeció Level, yendo por un largo pasillo, que desembocaba por una puerta doble, en la riquísima estancia que debía haber sido el despacho del difunto y tras cuya enorme mesa estaba ahora, el heredero: Claude Verneux.

Era un muchacho alto, de corte angular y nervioso.

—Haga el favor de pasar y sentarse, señor...

—Level.

—Déjanos, Tomás.

—Bien, señor.

Cerró el mayordomo la doble puerta. Y Claude, alargando una caja de cigarrillos, inquirió:

—¿Uno?

—Sí, gracias.

Encendió en el monumental mechero de oro macizo que había sobre la mesa, siendo imitado por Claude.

—Usted dirá, señor Level.

—Bien. No voy a entretenerle mucho: —repuso éste—. En realidad, sólo deseo que conteste a una sola pregunta.

—Si puedo hacerlo...

—Desde luego que sí.

—Veamos.

El agente miró con fijeza a su interlocutor, dispuesto a no dejar escapar nada de la expresión de Claude.

—¿Qué ha hecho usted con los cien millones de créditos que sacó de su cuenta poco después de la muerte de su tío? —inquirió con voz firme.

El otro se limitó a parpadear un poco.

—He sufrido mucho, señor Level —repuso con un asomo de sonrisa.

El agente preguntó:

—¿Y eso qué quiere decir?

—Que he padecido viviendo en una situación económica especial..., casi sin dinero para ayudar a mi pobre padre, poco antes de su muerte. Lo que soy ahora no significaría nada si yo hubiese olvidado lo que pasó antes.

—Sigo sin entenderle.

—Pues es sencillísimo. Yo no he olvidado a los que, como yo, sufren. Y la primera cosa que he hecho, al ser rico, es intentar ayudarles un poco.

—¿Cómo lo ha hecho?

—Entregando esa suma a una organización que se preocupa por los que sufren.

—¿De qué organización se trata?

—De «Alegría y Futuro». ¿La conoce?

—He oído hablar vagamente de ella.

—Pues se ha perdido usted una de las pocas maravillas que hay en nuestro mundo, amigo mío. «Alegría y Futuro» es algo que hace honor a los hombres que la forman, ya que limitan su vida y sus desvelos al bien de los demás.

—Muy interesante; pero ¿no cree que la suma entregada es un poco... fuerte?

—No. Justo lo que creí que les haría falta.

—Muy noble ese gesto por su parte.

—Gracias.

—Veamos ahora; usted visitó a su tío antes de su muerte, ¿verdad?

—Sí.

—¿Le pidió ayuda?

—Sí.

—Y... ¿qué ocurrió?

—Me la negó.

—¿Por qué?

—Son cosas familiares, señor... Mi tío deseaba entregarme todo a su muerte, pero no estaba dispuesto a hacerlo antes.

—Entendido. Y usted, al salir de esta casa pensó, sin duda alguna, que debería pacientar mucho años, ¿no es cierto?

—Es verdad. Mi tío gozaba de una salud estupenda y nada me hizo pensar que...

—... iba a morir tan pronto.

—En efecto. Aunque creo que esta conversación se orienta ahora por derroteros francamente desagradables. ¿No cree?

—Es posible.

—¿La damos por terminada?

—Sí.

Jean se puso en pie.

—No sabe cuánto lamento el haber rozado su sensibilidad, señor Verneux.

Claude sonrió, con la justa tristeza que debía ornar su sonrisa de joven que sentía la muerte de su pariente rico.

—No se preocupe. Por desgracia nada podemos hacer por él.

—Evidentemente. Muchas gracias por todo.

—No se merecen.

—Adiós.

Se estrecharon la mano y Jean abandonó la casa, yendo directamente a la Central del SIP, en París, desde donde llamó a Washington.

CAPÍTULO III



a pareja, con las manos entrelazadas, estaba sentada en la plaza de San Marcos. El cielo azul, sin una nube, no se veía cruzado más que, de vez en cuando, por un grupo de palomas que parecían surgir de las milenarias piedras de la iglesia.

Toni había visto a los dos jóvenes y se acercó a ellos, pensando que era mejor terminar con el mal rato que se preparaba, cuanto antes.

—Buenos días —saludó, inclinándose, al llegar junto a la mesa que la pareja ocupaba.

Los dos se sobresaltaron, interrumpidos en la quietud de su amor. Y el joven frunció el entrecejo, antes de decir:

—¿Qué desea?

Toni no dejó de sonreír.

—Ustedes sabrán perdonarme —dijo—, pero lo que deseo preguntar a la señorita es urgente y no podía esperar más. He de

marchar a Roma hoy mismo.

—No entiendo —dijo ella.

—Déjame a mí, querida —intervino Lucio.

—Escuche, amigo. Si como supongo, se trata de un periodista o vendedor pierde el tiempo. Así que lárguese y déjenos tranquilos —dijo encarándose coa el recién llegado.

—No puedo.

—¿Por qué?

—Porque no soy ni un periodista ni un vendedor.

—¿Entonces?

—Soy un empleado del Fisco y tengo, obligatoriamente, que hacer una pregunta a la señorita.

Nina puso la mano sobre el brazo de su novio, como para calmarle.

—Deja, cariño. Si este señor desea hacerme una pregunta, está en su derecho. Siéntese, por favor..., ¿desea tomar algo?

—Nada; muchas gracias.

Y después de una corta pausa, tras haber tomado asiento frente a la pareja, dijo:

—Seré breve, señorita Soretti: sólo deseo saber en qué ha invertido usted los quinientos mil créditos que sacó del Banco hace poco.

El color subió a las mejillas de la muchacha; pero, poco después, recobró su tranquilidad.

—¡Ah! —exclamó—. ¿Se trata de eso?

—Sí.

—Pues bien: entregué esa suma a una organización de beneficencia... ¡Era tan feliz que deseé que otros lo fuesen, dentro de mis posibilidades!

—¿A quién entregó el medio millón?

—A «Alegría y Futuro».

—La conozco.

—¿Es todo, lo que quería saber? —Volvió a intervenir el novio.

—Todo. Perdonen la molestia y muchísimas gracias.

Se alejó el agente. Y Lucio, frunciendo el entrecejo, dijo a su prometida:

—No me gusta nada ese tipo. ¡Y ni siquiera lo hemos pedido la documentación!

—No importa, querido. Cuando sabía lo del Banco es que debe ser alguien del Fisco.

—¿Y qué les interesa a ellos lo que hagamos con nuestro dinero? Ella había palidecido.

—¡Tengo miedo, Lucio!

—¿Miedo? ¿De qué?

—No sé. La muerte de Gloria no está muy clara para mí. ¡La vi tan alegre cuando la visité!

—No seas tonta. Yo tampoco creía que iba a hacer una barbaridad tan grande...

—¡Pobrecilla!

—Claro que lo sentimos; pero, en el fondo, lo quieras o no... tu pariente se negó a ayudarnos. ¡No quería que yo me casase contigo!

—Desde luego: en ese punto se mostró inflexible. Creo que si no le hubiera hablado de ti, quizá me habría ayudado.

—¿Lo sientes ahora?

—¡No seas tonto!

—Esa gente merecía los quinientos mil. Ya sabes que nos dijeron que marchásemos tranquilos. Aquel profesor debía saber que había algo en el cerebro de Gloria que marchaba mal.

—¡No puedo creerlo! Tía Gloria era la persona más sana de juicio que he conocido jamás.

—Eso es lo que tú te figuras. ¡Cualquiera sabe lo que ocurre en la cabeza de una persona! Sólo un hombre como el profesor, capaz de leer los pensamientos, podía saber lo que iba a ocurrir.

—Y ¿por qué no lo evitó?

—¿Cómo hacerlo?

—¡De cualquier modo!

—¡No te entiendo!

Ella le miró, con sus grandes y hermosos ojos tremendamente abiertos, repletos de temores.

—¿Es que no te das cuenta, Lucio, que queramos o no, somos cómplices de esa muerte?

—¿Te has vuelto loca?

—No, pero terminaré estándolo...

—No digas bobadas.

—No son bobadas, Lucio. Si el profesor nos hubiera dicho el peligro que corría tía Gloria, ¿no hubieras hecho algo por evitarlo?

—¡Desde luego que sí!

—Y ¿por qué no nos dijo nada?

—Porque quizá no podía hacerlo. Date cuenta que hombres como él, con poderes especiales, no pueden permitirse la violación de secretos de esas características.

—No sé; pero de todos modos tengo el temor de que obramos de una manera... nada limpia.

—¡Al diablo con tus absurdas ideas! Tu tía se mató, por algo que sólo ella sabía y que, desde luego, no debió decir a nadie. ¿Qué podíamos hacer nosotros?

—Lo que me extraña es que bastó ir a ver al profesor para que todo lo demás se produjese.

—¡Simple coincidencia!

—Ojalá sea así.

Guardaron silencio y Lucio hubo de hacer un violento esfuerzo para no dar rienda suelta a su irritación.

Por suerte para él, poseía otras armas. Y así, acercando su rostro al de la muchacha, la besó en la mejilla y consiguió que el ceño de Nina se tomase ahora en una sonrisa de arrobada felicidad.

Era demasiado maravilloso lo que les esperaba para dejarse arrastrar por ideas melancólicas de un pasado que nadie, ni ellos, podían modificar.

* * *

Jean Level se acercó al edificio, no pudiendo retener una sonrisa al ver el «*slogan*» que había sobre la puerta. Conocía centenares de organizaciones destinadas a las cosas más variadas; pero aquélla, sin saber aún por qué, le causaba una impresión ridícula, como si se tratase de algo que bastase echar una ojeada para descubrir el engaño que se ocultaba dentro.

Decidido, cruzó la calle, penetrando en la casa y deteniéndose poco después junto al mostrador sobre el que había un letrero que decía «Información».

Una muchacha joven y bonita se acercó a él.

—Buenos días, hermano. ¿En qué puedo servirle?

Jean la miró fijamente.

Desde luego, si algo deseaba en la vida era cualquier cosa menos

ser el hermano de aquel pimpollo.

Era rubia, agraciada, esbelta, graciosa..., en fin, tenía de todo eso para agradar a un hombre por muy exigente que fuese.

—Verá usted, preciosa —dijo él—. Acabo de llegar a la ciudad y desearía hablar con el director de esta organización.

La muchacha preguntó:

—¿Está usted necesitado de ayuda?

¡Qué preguntas tenía aquella muchacha! Desde luego, Jean no sabía si calificar aquella actitud de inocente o de cínica.

—¿Ayuda? —inquirió, no obstante, deseoso de conocer la explicación de las sibilinas palabras de ella.

—Sí. «Alegría y Futuro» es eso, hermano: nuestra misión es la de ayudar a nuestros semejantes.

—¡Maravilloso! Pero si quiere ayudarme de verdad, «hermana», haga el favor de ponerme al habla con el director de esta magnífica empresa filantrópica.

—Es que el profesor Brocard no recibe así como así...

—He de verle —insistió él.

—No creo que sea posible.

Level terminó por cansarse. Y sacando su tarjeta da agente de la SIP, la pasó ante la naricilla respingona de la rubia, lo suficiente para que ésta se diese cuenta de con quién hablaba.

—¡Ah! —exclamó ella—. Esto es distinto... Tenga la amabilidad de esperar un poco, señor.

—Bien.

Se eclipsó la joven por una puerta que había detrás del mostrador. Jean se apoyó en éste, encendiendo un cigarrillo y preguntándose qué demonios iba a sacar en limpio de todo aquello.

¿Era «Alegría y Futuro» la responsable de los suicidios ocurridos desde hacía algún tiempo?

Y si lo era, ¿cómo podía demostrarse?

«Preguntas y más preguntas —se dijo—: ésa es la vida de un agente de la SIP. Se pasa la existencia intentando contestar a ellas, sin poder hacerlo la mayor parte del tiempo...».

La reaparición de la joven rubia, con una encantadora sonrisa en los labios le sacó de lo hondo de sus reflexiones.

—El profesor va a recibirle, señor. Haga el favor de dirigirse a uno de los ascensores y decir al «liftier» que le lleve a la planta

decimotercera.

—Muchísimas gracias, señorita.

—De nada, hermano.

¡Y dale con lo de hermano!

Mientras el aparato ascendía en una trayectoria vertical que no duró más que unos pocos segundos, Level no dejó de pensar en la «hermana» de la recepción, seguro de que la muchacha, con su cándida sonrisa y sus maneras amables, no había hecho otra cosa más que tomarle el pelo desde que se había acercado al mostrador.

¡Menuda banda de granujas debía haber allí dentro!

Y ahora, con un poco de suerte; iba a conocer al sinvergüenza número uno, que sin duda era aquel flamante profesor...

¿Profesor de qué?

La puerta del ascensor daba directamente sobre el despacho pintado de negro. Y Level no pudo por menos de fruncir el entrecejo al encontrarse en aquel ambiente tan lóbrego y tétrico.

Pero el hombre que se había puesto en pie detrás de la amplia mesa le sonreía afablemente, como si al mostrar su impecable dentadura deseara restar negrura a cuanto le rodeaba.

—Tome asiento, por favor, señor...

—Jean Level.

—Yo soy el profesor Brocard.

Se estrecharon la mano.

—Encantado.

—Lo mismo digo.

Hubo unos instantes de silencio.

—Usted dirá en qué puedo serle útil —inquirió el profesor.

—Verá usted, señor; digo profesor..., estamos haciendo una pequeña investigación, cuyo objeto no importa ahora, y deseábamos nos dijese usted si ha recibido cien millones de créditos de la persona de Claude Verneux.

—Así es. El señor Claude Verneux nos ha entregado esa suma para que nosotros la empleásemos en las obras de beneficencia de que se ocupa nuestra organización.

Jean preguntó:

—¿Y puede saberse cuáles son esas obras?

—Desde luego. Ayudamos a todo el que lo necesita, no solamente en la Tierra, sino, principalmente, en los planetas del

Sistema. Los colonos de Marte y Júpiter reciben y han recibido nuestra ayuda generosa.

—¡Y tan generosa!

El profesor frunció el entrecejo.

—¿Qué insinúa usted, señor...?

—Nada. Me refería a que con cien millones de créditos pueden hacerse muchas cosas buenas.

—Y se harán. No lo dude. El dinero que se ha recibido del señor Verneux será empleado en hacer felices a muchos desdichados.

—Eso espero. Ahora, por favor, otra cosa...

—¿El qué?

—¿Tenía su organización relaciones con el difunto Pierre Verneux?

—No, señor.

—¿Nunca dio nada para sus obras filantrópicas?

—Nunca.

—¿Puede usted explicarse cómo un hombre sano, rico, sin problemas, se quitó la vida de la noche a la mañana?

—La vida está llena de misterios insondables, señor Level. Y con toda franqueza, no hay que fiarse de las apariencias.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que si ese señor Verneux parecía sano, o lo estaba, era poderoso y además nadie, excepto él, podría darnos la explicación que usted ha solicitado de mí.

—¿Preguntárselo a él? ¡No creo que nos dijese mucho!

—He querido decir que sólo él podría contestar a su pregunta.

—Ya sé, ya sé... De todos modos, yo creía, puesto que usted es... Y ahora que recuerdo, ¿en qué es usted profesor?

—En Ciencias Ocultas.

—¡Arrea! Si me lo explicase un poco más claramente...

—No hay ninguna dificultad. Me ocupo, principalmente, de Astrología; es decir, de la ciencia que estudia las íntimas relaciones que los astros tienen en nuestra vida, en nuestro futuro, sobre todo.

—Entendido. ¿Y qué tiene que ver eso con la organización?

—Mucho. Hay gentes, pobres gentes, a los que la ayuda material no basta y que desean ser guiados espiritualmente, queriendo saber lo que les reserva el futuro.

—Como por ejemplo: si van a suicidarse.

—Así es, señor.

—Entonces ¿usted sería capaz de decir si alguien va a poner término a su vida?

—Sí.

—Y, naturalmente, si hubiera conocido a Pierre Verneux y éste le hubiera consultado, ¿podría usted haberle prevenido?

—Sí.

Jean no cabía en su asombro.

Y fue entonces cuando mirando al otro, como se mira a un charlatán que intenta demostrarnos que dos y dos son cinco, le preguntó:

—¿Podría usted decirme lo que el futuro me reserva?

—Desde luego.

—Hágame el favor entonces.

—Con muchísimo gusto. ¿Cuándo nació usted?

—El veinticuatro de julio.

—Eso pertenece a Leo.

Preguntó otros detalles más, a los que Jean fue contestando.

—Hay un cruce fatídico en su línea con un individuo de Tauro.

—¿Eso qué quiere decir?

—Que está usted en peligro.

—¿De muerte?

—Podía ser.

Level sonrió.

No debía haberse roto mucho la cabeza aquel tipo para precisar que un agente de la SIP estaba en peligro de muerte, cuando esto era consustancial con su profesión.

Se puso en pie.

—Muchas gracias, profesor. Hasta la vista.

—Adiós.

Abandonó el despacho y bajó, en el ascensor, hasta el vestíbulo; pero cuando distraído se dirigía hacia la puerta, una voz agradable le llamó:

—¡Eh, señor!

Era la «hermana», tan guapa como siempre, que se acercaba a él, con un papelito en la mano.

—¿Qué es eso?

—El recibo —dijo ella—. Debe darme diez créditos.

—¿Diez créditos? ¿Por qué?

—Es lo que generalmente se paga por un análisis astrológico del profesor Brocard.

Level soltó una carcajada.

—¡Son ustedes impagables! —exclamó mientras sacaba la cartera para pagar—. Vengo en misión oficial para hacer unas preguntas y resulta que ustedes se las arreglan para aprovechar la ocasión y sacarme diez créditos.

—Es la tarifa, señor.

—¡Desde luego, hermana!

Y abandonó el edificio.

* * *

La misiva, en sobre lacrado, llegó al poder de Donald Callowan dos días más tarde de los hechos relatados. Decía así:

«Dándome cuenta de que mi vida no es útil a nadie y profundamente arrepentido de haber hecho tanto daño a seres como yo, a los que jamás debí perseguir y juzgar, ya que no soy nadie para hacerlo, me dispongo a poner fin a esta existencia, no teniendo que culparse a nadie de una decisión que tomo en plena posesión de mis sentidos y sin influencia de ninguna clase. Aprovecho la ocasión para rogarle, señor Callowan, que abandone ese trabajo y deje de castigar a los que no sabemos si lo merecen...

»Atentamente suyo,
JEAN LEVEL».

La otra misiva que llegó en el correo oficial de la mañana siguiente, en sobre lacrado como la anterior, estaba redactada en parecidos términos, aunque iba firmada por Toni Marelló.

Los cadáveres de los dos agentes fueron descubiertos en los alrededores de las respectivas ciudades donde se encontraban: Jean

se había disparado su «Lüger» especial, destrozándose el cráneo. Su compañero Toni, prefirió colgarse de un árbol, en el parque de Villa Borghese.

Y Donald Callowan, que estuvo a punto de llamar al Servicio de Ejecuciones, para que entrase en la danza, se dijo que iba a perder lamentablemente el tiempo y que ya tendría ocasión de que Doe y Daveira hiciesen pagar caro la vida de sus compañeros.

Pero por el momento el problema se hundía, para Donald, en una nueva dimensión.

Por eso descolgando el interfono, llamó:

—Señorita...

—Diga, señor Callowan.

—Póngame con Calcuta. Ya sabe el número.

—Sí, un momento.

No tardaron ni cinco minutos en contestar. Y al oír la voz profunda que sonaba en su auricular, Callowan se sintió un poco más sereno.

—¿Dad?

—El mismo, señor.

—Ponte inmediatamente en marcha. Te necesitamos.

—De acuerdo, señor. Cogeré el primer cohete intercontinental que salga.

—Te espero.

Colgó.

Era posible que se equivocase. Pero Dad Tavore, el agente del SIP en la India era el único hombre que podía ayudarle en aquel caso: un caso que ya le había costado la vida de dos jóvenes agentes...

Aunque éste hubieran justificado su muerte.

CAPÍTULO IV



ecorrió Jane el pasillo con el periódico en la mano, empujando después la puerta sobre la que se leía «Administración».

Una amplia estancia apareció ante ella, completamente cubierta en las paredes de archivos metálicos que reducían notablemente sus dimensiones. Había, además, dos sillones metálicos y una mesa de despacho, con su correspondiente sillón giratorio.

Detrás de la mesa un hombre.

Era joven, alto, nervioso, con ojos claros y cabellos de color pajizo. En aquellos momentos se ocupaba en hacer volar sus manos sobre las teclas de una máquina calculadora, enchufada a su vez, con un cerebro electrónico que ocupaba el espacio completo que había detrás de él, ocultando casi la totalidad de la ventana.

Estaba tan absorto que no oyó la llegada de la muchacha hasta que ésta estuvo a su lado. Y fue entonces cuando levantó la cabeza, sonriéndole.

—¡Ah, eres tú, Jane! —exclamó, visiblemente contento.

—Sí..., ya lo ves.

Y mostró el periódico que tenía en la mano.

—Hay algo nuevo, Jim: una noticia de primera.

—¿De veras? ¿Cuál?

—¿No tienes un poco de tiempo libre?

—No mucho. Estoy contabilizando las cuentas que nos han enviado desde nuestra sucursal italiana; pero de todos modos, bien puedo dejarlo un poco. Siéntate.

Lo hizo Jane y el muchacho contorneó la mesa para venir a sentarse al lado de ella.

—Te escucho —dijo después de haber encendido un cigarrillo.

—No voy a darte la lata leyéndote todo lo que dice este periódico; serían ganas de perder el tiempo.

—Pero ¿de qué se trata? Me estás poniendo nervioso...

—No te precipites. Voy a preguntarte, antes que nada, una cosa. ¿Has oído hablar del maharajá de Brahmaputra?

—Sí.

Jane preguntó:

—¿Sabes que es uno de los hombres más ricos del mundo?

—Lo suponía.

—Lo tratan como al

Aga-Kan,

pesándolo en vida y colocando en el otro platillo de la balanza todas las riquezas imaginables.

—Creí que esas bárbaras costumbres habían desaparecido.

—No lo creas. Sabes que el progreso no ha conseguido cambiar la idiosincrasia de algunos pueblos orientales y que de nada han servido los inventos más asombrosos y las salidas al espacio.

—Bueno. ¿Y qué hay con ese tipo?

—Algo muy interesante. Su hijo, Aruk, ha sido expulsado del palacio del maharajá.

—¿Por qué?

—Porque hizo algo que a su padre no agradó: según dice la prensa, Aruk se entrevistó con gente de la clase más ínfima, con «sudras».

—Pero ¿hay aún castas en la India?

—No como antes, ya que el nivel de vida ha aumentado por

todas partes; pero la religión sigue considerándolas como, hace mil años.

—¿Y la visita a esos «sudras» ha hecho que el maharajá expulsase a su hijo?

—Así ha ocurrido. El escándalo ocupa las primeras páginas de todos los periódicos, ya que Aruk es el único hijo del maharajá y, por lo tanto, su heredero universal...

Jim abrió desmesuradamente los ojos.

—¡Ahora te comprendo, Jane! ¡Eres la chica más estupenda que he conocido jamás!

—¿Crees que este asunto interesará al profesor?

—¡Claro que sí! Debemos ir a verle inmediatamente. ¡Lástima que el viaje sea a aquella región!

—¿Por qué dices eso?

—Por lo que ya sabes... ¿Podrá el profesor...?

Ella sonrió.

—No hay que preocuparse por eso. El maharajá llega a París esta noche y su hijo está ya aquí desde hace dos días.

—¡Pero eso es maravilloso!

—¡No es verdad!

—Desde luego. Vamos a ver al profesor y veremos qué le parece este descubrimiento fantástico.

Momentos después Brocard los recibía y la muchacha le ponía al corriente de todo lo que había leído en los periódicos, mostrándole, además, los artículos donde se hablaba de los personajes orientales.

Vincent Brocard permaneció en silencio, después de leer el contenido del periódico que Jane le había llevado.

—El asunto es muy interesante, amigos. Sobre todo cuando se ha leído lo que dice aquí: que la fortuna que se le calcula al maharajá asciende a diez billones de créditos.

—¿Diez qué...? —inquirió Jim, con expresión de asombro.

—Diez billones.

—¡Nunca pensé que pudiese existir una cantidad así!

El profesor sonrió.

Luego, tras una pausa, y bruscamente serio, prosiguió:

—Lo primero que tenemos que hacer es ponernos en comunicación con ese joven indio...

—¿Aruk?

—Sí. Debe estar desesperado por la drástica medida que su padre ha adoptado con él. Un poco de habilidad debe conducirlo a lo que deseamos...

Los ojos de Jim brillaron con una insólita intensidad.

—¿Va a pedir el diez por ciento, como siempre, profesor?

—Desde luego. Será la última actuación de «Alegría y Futuro».

—¿Por qué? —intervino la muchacha.

—Porque así debe ser. Un asunto no debe ser «ordeñado» hasta agotarse. Con lo que saquemos al indio habremos justificado los esfuerzos de estos últimos tiempos.

Hizo una corta pausa y prosiguió:

—La intervención de la Spacial International Police demuestra que empiezan a interesarse por nosotros. No es que tenga miedo de nada, ya que nada pueden demostrar; pero, de todos modos, no me gusta que se preocupen de mis asuntos.

—¿No cree que la muerte de los dos agentes pueda decidirles a actuar de una manera directa?

—No. La muerte de esos dos entrometidos está plenamente justificada. Y si se atreviesen a llevamos a los tribunales tendrían que mostrar las cartas de los suicidados, lo que sería, para nosotros, la mejor coartada.

—Yo no me fiaría nada —dijo Jane.

El profesor dijo:

—Haces mal, muchacha. La SIP puede tener todo lo que quieras de terrible, pero nunca se atrevería a denunciar un solo caso sin tener suficientes pruebas para salirse con la suya. Se cubriría de un tal ridículo que la gente no tendría ya más fe en ella.

—El profesor tiene razón —insistió Jim—. No se atreverán a hacer nada.

—Mejor que mejor —repuso la joven—. Pero sigamos con lo de ese indio. ¿Cuál es su plan, señor?

—Muy fácil. Por lo que acabamos de leer sabemos que el joven Aruk, que no lo es tanto, ya que ha cumplido la treintena, pasa las noches en el París nocturno, divirtiéndose como un loco y gastando lo poco que debe quedarle. Quizás obra así para alejar de su mente las ideas pesimistas que lo que su padre ha hecho con él le producen. Pero, sea como sea, ha de ser en esos lugares donde lo encontremos.

Miró a Jane con una cínica sonrisa.

—Tú sabes cómo hacerlo, muchacha. Has demostrado ser de una utilidad tremenda en estos casos.

—Está bien.

—En cuanto logres que Aruk haya firmado un documento de cesión a nuestra organización de la suma equivalente a la décima parte de lo que va a heredar nos ocuparemos del padre.

—¿Cree que será tan fácil como en los otros casos?

—Naturalmente. ¿A qué viene la pregunta?

Jane dudó unos instantes.

—He oído decir que los indios pueden ser resistentes a ciertas influencias... —dijo la muchacha.

Brocard se encogió de hombros.

—¡Bobadas! —exclamó—. Son hombres como los demás. El resto es superstición y leyenda.

Los dos jóvenes no dijeron nada.

—Obraremos como en los otros casos. En cuanto Jane haya logrado su objetivo, Jim entrará en funciones preparando lo que ya sabes. Y será de nuevo una emisión de muerte, que hará con el máximo placer, ya que será la última.

—¿Piensa disolver la organización?

—Sí y no. Hacerlo claramente sería despertar sospechas. Pero no hay que olvidar que gran parte de los socios, sobre todo los importantes, están en la inopia en cuanto respecta a la verdadera significación de «Alegría y Futuro».

—¿Y qué quiere decir con eso?

—Que serán ellos los que se ocuparán de la organización, prestándole el aspecto que, aparentemente ahora, representa. Seguirán ayudando a los menesterosos y colectando sumas para ellos. Pero nosotros, con los formidables ingresos que hemos conseguido, habremos desaparecido... por el foro.

—La idea es estupenda.

—Desde luego.

Y tras un silencio corto, el profesor continuó:

—Esta misma noche, tú, Jean, irás en busca de ese muchacho. Procura afilar tus uñas y conseguir lo que sabes lo antes posible. El tiempo para nosotros es oro, sobre todo desde que la SIP ha empezado a meter las narices en nuestros asuntos. Nos conviene

estar lejos cuando ellos se lancen a fondo, no hallando en «Alegría y Futuro» más que una organización contra la que nunca podrán demostrar nada.

* * *

Era alto, de anchas espaldas y tenía un tono cobrizo suave, como aceitinado. Frente amplia, nariz un tanto aguileña, cejas pobladas y bien dibujadas, mentón firme y voluntarioso y ojos negros, como los cabellos, que llevaba aplastados y brillantes.

Como todas las noches, Aruk, el hijo de uno de los hombres más ricos de la Tierra, detuvo su coche en la place Pigalle, dejando el vehículo en la entrada de uno de los locales de diversión nocturna más famosos de la ciudad de la luz.

Iba vestido a lo oriental, con un turbante sedoso sobre el que se veía brillar una piedra de gran valor. Como los indios modernos, llevaba una chaqueta negra, de doble cola, y unos pantalones blancos y estrechos, que se cerraban fuertemente en los tobillos.

Solemne y ceremonioso penetró en el local, siendo recibido por un «*maître*» afable que se inclinó ante él.

—Buenas noches. Alteza...

Le llamaba así, incapaz de conocer el tratamiento adecuado que debían darle; cosa que, después de todo, no parecía importar mucho al joven indio.

—Buenas noches, Charles. ¿Mi mesa?

—Reservada, como siempre, Alteza.

—Bien.

A pesar de que ya empezaba a ser conocido, Aruk despertó aquella noche la misma expectación de costumbre. Los hombres le miraron con envidia y las mujeres no intentaron disimular la admiración que experimentaban.

La piedra verde brillaba intensamente sobre el turbante, lanzando mil reflejos bajo las luces del salón.

—¿Champaña, Alteza?

—Sí.

Momentos después, el «*maître*», acompañado por el camarero, descorchaba la primera botella, sirviendo la copa del joven y alejándose después, dejando solo a Aruk, que encendió con

parsimonia un cigarrillo, situado en el extremo de su larga pipa de oro.

Las muchachas que trabajaban en el local, las «entreneuses», no se atrevían a acercarse a aquel cliente que parecía limitarse a soñar, bebiendo y fumando tranquilamente. Cualquiera de ellas hubiera dado lo que hubiesen pedido por sentarse en la mesa de Aruk, al que, como todo el mundo sabía, no poseía ni un solo crédito; pero era, al mismo tiempo, heredero de una colosal fortuna.

El espectáculo empezó poco después, y la casa, deseosa de complacer a Su Alteza, hizo aparecer un número de bayaderas indias, dedicado especialmente al importante cliente, que aplaudió entusiasmado la realización de las danzas de su lejano país.

Fue justamente cuando la danza terminaba que el «*maître*» se acercó a su mesa, inclinándose reverenciosamente.

—Perdone, Alteza. Yo no me hubiera atrevido a molestarle...

—¿Qué ocurre, Charles?

—Una señorita desea hablar con usted.

—¿La conoce?

—No.

—¿Ha venido alguna vez por aquí?

—No lo creo: es la primera vez que la veo.

—¿Le ha dicho su nombre?

—Sí. Dice llamarse Jeane Conwell.

—¿Inglesa?

—Americana.

—¿No ha expresado el motivo que tiene para verme?

—No. Ha dicho que se trataba de algo muy importante... para Su Alteza.

Aruk sonrió.

—Bien. Dígale que haga el favor de venir a mi mesa.

—Perfectamente.

—¡Un momento. Charles!

—¿Alteza?

—Traiga más champaña; muy fría.

—Ahora mismo.

Siguiendo con la mirada al «*maître*», el indio le vio desaparecer tras las cortinas del «*hall*», no separando la mirada de allí hasta que, momentos más tarde, las cortinas se abrían dando paso a una

muchacha rubia, alta, esbelta, bellísima, vestida con un atrevido traje de noche que dejaba al desnudo sus bien formados hombros y la curva atrevida de su pecho.

Aruk la contempló embelesado, mientras ella, moviéndose grácilmente y seguida por las miradas de todos los hombres que había en la sala, se acercó a él, Creciéndole en una amplia y simpática sonrisa una dentadura más que perfecta.

Correcto, el joven indio se levantó, ayudando a la muchacha a que se sentase en la otra silla; luego lo hizo él.

—Si me permite expresarme como lo hacemos en mi patria, podría decirle, señorita Conwell, que «sólo cuando la aurora ha llegado nos damos cuenta de la tremenda negrura de la noche».

—¡Precioso!

—¿De veras le ha gustado?

—Sí. En realidad es la primera vez en mi vida que alguien me dice cosas tan bonitas.

—¿No irá a hacerme creer que su belleza deja mudos a todos los hombres de esta ciudad?

—No lo sé; pero incluso, si experimentan lo que usted, no sabrían jamás expresarlo de manera tan linda.

—No tiene mérito hablar de la luz cuando ésta nos ciega...

Le miraba con asombro, atraída por aquella personalidad que emergía él, poderosa y llena de misterio al mismo tiempo.

Aruk le sirvió una copa que ella bebió a sorbos, tras haber brindado con la que el joven se llenó para él.

Después, posándola delicadamente sobre el mantel, ella inquirió:

—Le habrá extrañado mi audacia, ¿verdad?

—Un poco.

—Necesitaba hablarle: eso es todo. Desde que leí en los periódicos su emocionante historia me sentí atraída hacia usted, llegando concebir que fuera posible ayudarle de algún modo...

—Y lo ha hecho. «Incluso un hombre perdido se sentiría renacer al tenerla a su lado».

Jane exclamó:

—¡Si pudiera estar segura de que sus frases no son más que palabras bonitas!

—Lo son. Es verdad que nosotros, los orientales, tenemos fama de habladores, de dejar que las palabras formen como una dulce

bruma alrededor de las cosas; pero éste no es el caso, señorita; todo lo que le he dicho ahora no es más que mi torpe manera de intentar retratar lo que experimento desde que ha llegado.

—Sin embargo, no sabe a qué he venido...

—¿Qué puede importarnos? ¿Preguntamos acaso al sol el motivo que tiene para desgarrar la negrura de nuestra más triste noche?

Ella sonrió.

—Francamente, señor... no pensaba hallarme ante una persona como usted. Cuando habla es como... ¡qué sé yo! No estamos acostumbradas las mujeres europeas y americanas a ser tratadas de este modo.

—¿Puede tratarse duramente una flor...?

Jane se mordió los labios.

Hasta aquel momento el indio la había divertido y hasta emocionado; pero era una mujer práctica y, por otra parte, no podía olvidar la misión que le habían encomendado.

—Queremos ayudarle, señor... —dijo ella mirándole fijamente.

—Puede llamarme Aruk.

—Como quiera. Queremos ayudarle, Aruk.

—¿Cómo es eso? ¿Tan desgraciado me creen?

—¿No lo es?

El indio sonrió.

—No. Jamás fui tan feliz...

—Pero... ¿y el dinero?

—¡Ah! ¿Se trata del dinero?

—Desde luego, usted no puede vivir así, explotando su nombre. Ya sé que tiene crédito en todas partes. Pero si su padre, el maharajá, se mantiene en su posición, todas las puertas se le cerrarán a usted definitivamente.

El asintió con la cabeza.

—Eso es cierto —dijo después de una dolorosa pausa—; pero ¿qué solución encontrar?

—Hay una.

—¿Cuál es?

—Tiene un nombre bonito y humanitario: «Alegría y Futuro».

—¡Qué bien suenan esas palabras en sus labios!

CAPÍTULO V



El vehículo se había parado ante la luminosa puerta del hotel donde se alojaba el oriental.

—No sé —dijo éste, jugueteando con las teclas de a bordo—. Su proposición no me parece nada clara.

—¿Es que ha perdido la confianza en mí?

—De ningún modo. Lo que no comprendo es cómo unos desconocidos pueden exponerse a un sacrificio tan importante con tan pocas seguridades...

Jane se mordió los labios.

Luego dijo, sonriendo:

—¿Y si subiésemos a su habitación para terminar de charlar de esto, Aruk? Me parece que el coche no es un lugar adecuado...

Él se volvió hacia la muchacha, mirándola con intensidad.

El perfume de la mujer le hizo dilatar los agujeros de la nariz. Y lo respiró ansiosamente, sintiendo que la sangre latía con fuerza en sus sienas...

—Como usted quiera —dijo con voz sorda el elegante indio.

Abandonaron el coche, atravesando después el vestíbulo, completamente desierto a aquellas horas. El ascensor les dejó en la quinta planta, penetrando luego en la lujosa «suite» que ocupaba Aruk.

—¡Que hermoso es esto! —exclamó ella—. Aunque estoy segura que ha de ser mucho más bonito el palacio de Calcuta.

Aruk sonrió.

—Es... distinto —dijo—. Y no vaya a creer que no hemos adoptado todo lo que de cómodo y sano ha ideado la despierta mente occidental; pero no obstante lo hemos... disfrazado, ya que nuestra sensibilidad no podría soportar la fealdad de las líneas que ustedes llaman modernas...

Y señalando con un amplio gesto la estancia añadió:

—Todo esto, todos los inventos prácticos, tanto para elevar la temperatura, como para acondicionarla, aireadores, reguladores termostáticos, purificadores, perfumadores... tenemos de todo en nuestras casas; pero usted no podría descubrirlo nunca, ya que los hemos ocultado de modo que, sin imponernos su fea presencia metálica, nos sirvan, como deben hacerlo los buenos criados, moviéndose en silencio y haciendo lo posible por permanecer en una invisibilidad casi completa.

—¡Qué divertido!

—¿No es cierto? Nosotros, los orientales, aspiramos siempre a ser servidos por gente a la que no veamos... o no queramos ver. Pueblo eminentemente espiritual, el indio desearía ser ayudado por espíritus invisibles, de ahí sus hermosas leyendas de genios a los que bastaba llamar para ser complacido.

—Nosotros tenemos nuestros «robots», siempre dispuestos en cualquier ocasión, obedientes y sumisos.

—Lo sé. ¡Pero qué diferencia! Un «robot» obedece pero nos impone su presencia monstruosa, en la que se ve lo que de caricatura de hombre tiene.

—Es posible que no sean hermosos, pero son eminentemente prácticos, cómodos y baratos.

—Desde luego. Por suerte para nosotros, esas tres palabras que acaba usted de pronunciar no tienen significación alguna. Y cambiando de tema ¿desea beber alguna, cosa?

—Buena idea: un «*whisky*».

—Voy a servir dos. Póngase cómoda entretanto.

Aruk se dejó caer en cuclillas sobre la alfombra que había al lado, terminando por sentarse a lo oriental, al tiempo que tendía una de las copas a la muchacha.

Ésta la tomó, llevándosela a los labios, sin dejar de mirar a los ojos del hombre.

—¿Seguimos hablando de lo de antes, Aruk? —dijo ella, devolviéndole la copa casi vacía.

—Sí.

Jane dijo:

—Usted duda de la buena fe de «Alegría y Futuro». Hace mal: esa hermosa organización ha demostrado su interés filantrópico. Miles de desdichados han dejado de serlo gracias a ella. Usted, naturalmente, no es uno de ellos...

—Muchas gracias.

—Es la verdad. Su caso es especial y la organización desea ayudarle, como a otros muchos, todos ellos víctimas de un trato inadecuado por parte de sus poderosos parientes.

—¿Y bien?

—Ya lo sabe: «Alegría y Futuro» le ofrece dinero, el que necesite para vivir hasta que su padre levante el castigo que le ha impuesto.

—Puedo necesitar mucho.

—No importa. Mi organización sabe que usted, el día en que se convierta en el Maharajá de Brahmaputra, sabrá acordarse de los que le ayudaron en sus momentos difíciles y que no se mostrará tacaño hacia los otros que necesiten de su dinero por entonces.

—Desde luego.

—No tiene más que firmar unos papeles, en los que usted no se compromete a nada hasta que no haya heredado, y deseo que su señor padre viva cien años, contra el cual recibirá el dinero que crea que necesita.

El indio entornó los ojos.

—Su proposición es generosa, señorita... muy generosa. Sobre todo al saber que todos los varones de mi familia han sido centenarios.

—¿Y eso qué importa? ¿Cree acaso que «Alegría y Futuro» está movida por la ambición? Ya le he dicho antes que deseo de todo

corazón que el actual maharajá viva cien años... o más. Lo que nos interesa es ayudarlo, como hemos hecho con otros.

«Quizá pueda usted imaginar que obramos con el egoísmo de recibir un día una importante subvención de usted: no se equivoca, señor. Pero “Alegría y Futuro” no tiene prisa alguna, y prefiere hacer el bien ahora, sin dilación, aunque tarde cien años en recibir los frutos de la cosecha de hoy».

—Nunca creí que ustedes, los occidentales, tan... prácticos, pudieran hacer algo tan sublime como eso, que se comprendería más en Oriente, donde el tiempo no tiene ninguna significación.

—Es que no todos los occidentales somos iguales.

—Ya lo veo y me congratulo al descubrirlo. Que usted me prestase dinero a fecha vista lo comprendería. Pero que quiera dármelo, sin preocuparse de cuándo voy a devolvérselo...

—Así es, amigo mío.

—¿Y si yo muriese antes que mi padre?

Ella se encogió de hombros.

—Sería una gran pérdida... como persona, Aruk, sobre todo para mí, ahora que le conozco; pero desde el punto de vista del préstamo que «Alegría y Futuro» le hubiese hecho, no tiene ni merece la pena mencionarlo.

—¡Fantástico!

Se hizo una pausa, tras la cual el príncipe continuó:

—Antes ha dicho que sentiría mi muerte, Jane...

—Es cierto.

—¿Hasta dónde la sentiría?

Ella le miró fijamente.

—¡Hasta lo más hondo de mi alma! —dijo antes de besarle.

Él se incorporó después, acariciando los cabellos de ella, su larga y sedosa cabellera rubia que ahora ondeaba libre de trabas. Se empezaba a filtrar la niebla gris del día por entre las cortinas de los balcones, pero para ninguno de los dos parecía tener importancia el tiempo que había transcurrido.

La besó de nuevo.

—Sois muy buenos amigos —dijo—. Nunca pensé recibir una ayuda tan generosa. Hoy mismo firmaré ese papel..., pero con una condición.

—La que tú quieras. ¿Puede acaso una prisionera exigir

condiciones de su vencedor?

La miró con asombro.

—¡Eres maravillosa! Ahora eres tú quien me sorprende con hermosas palabras, Pero olvidas que no soy yo el vencedor. Y que, como tú, he caído prisionero de un poder que está muy por encima de nosotros...

—¿El amor?

—Sí. Nos ha derrotado en una batalla a la que fuimos, es verdad, deseosos de perder todo: nuestra libertad, nuestro egoísmo, nuestra vanidad personal...

—Tienes razón, amor mío. Pero no me has dicho qué condición imponías.

—La de un pobre prisionero: seguir preso a tu lado, lejos de los demás, castigado para siempre, sin remisión posible, encadenado a ti sin que nadie tenga jamás piedad de mi estado...

Ella, no dijo nada. Solamente le miró fijamente a los ojos en una muda respuesta.

Y él se sintió feliz al comprobar que aquélla era la contestación más elocuente que podía esperar de la muchacha.

* * *

El hombre esperó que la noche cayese para salir de su habitación y, por la tubería que pasaba junto a la fachada, subir hasta el tejado.

La casa era uno de los pocos edificios de pisos que había en aquella zona de la ciudad; el resto estaba constituido por mansiones señoriales, que los huéspedes poderosos de París alquilaban para poder estar junto a la ciudad y disfrutar, al mismo tiempo, de una tranquilidad completa, ya que aquel barrio estaba sumido en un silencio completo, a no ser por el canto de los pájaros que poblaban los extensos jardines que rodeaban las casas.

El hombre, una vez en el tejado, lanzó una ojeada a su alrededor, no tardando en descubrir lo que buscaba entre la fronda de los árboles que estaban entre él y la mansión suntuosa que había alquilado el maharajá de Brahmaputra durante su estancia, en Francia.

La alta y complicada antena de la televisión.

Dejó el hombre en el suelo el maletín que llevaba, encendiendo un cigarrillo mientras reflexionaba; luego, abriendo el maletín, extrajo de él una cajita rectangular de la que salían dos vástagos metálicos. Orientó uno de ellos, después de colocar la cajita en el suelo, hacia la antena de televisión que se veía frente a él, moviendo luego el otro hasta colocarlo casi verticalmente, apuntando al cielo.

Podía considerar ahora que la parte más engorrosa de su trabajo había terminado. Y metiendo de nuevo la mano en el maletín, sacó unos potentes prismáticos, sentándose junto al borde del tejado, con los pies tocando el alero.

Enfocó la entrada de la casa de enfrente.

Una primorosa verja de hierro forjado y de grandes dimensiones cubría completamente la entrada, prolongándose por ambos lados en una valla de piedra de cantera, cuyos contornos irregulares habían sido unidos con cemento negro, lo que formaba una línea verdaderamente bien lograda y de agradable aspecto.

Sabiendo que tenía que pacientar, el hombre sujetaba los gemelos con una mano, sosteniendo el cigarrillo con la otra, pero cubriéndolo de modo a evitar que la punta ígnea, fuese visible desde lejos.

Esperó.

No miraba solamente la entrada, sino que, a veces, recorría la verja hacia la dirección que apuntaba a la ciudad, sabiendo que era por allí por donde debía llevar Jim.

Recordaba ahora que éste le había contado que el profesor había decidido que aquélla, fuese la última operación. Y el hombre —se llamaba Peter Nelson— se regocijaba que fuese así, ya que empezaba a estar cansado de moverse en un ambiente peligroso, que no convenía, en modo alguno, a su tranquila manera de ser.

Nelson había salido, seis años antes, de la Escuela de Electrónica de Chicago, Illinois, obteniendo un puesto bien retribuido en una de las emisoras de televisión ir la cadena Pan-Americana, con emisiones para el resto del mundo.

Especialista íntegro, Peter demostró pronto sus cualidades y fue ascendido, siendo enviado al espacio y luego a Marte y Venus para estudiar y completar ciertos procedimientos «relais» para las emisiones llamadas cósmicas. De esa manera podía transmitirse,

para los planetas recientemente ocupados, con la misma facilidad que ya se hacía desde mucho tiempo atrás en todo el Globo.

Fue en Marte donde Peter conoció al «profesor».

Y allí fue también donde Brocard supo atraerse a aquel joven, exponiéndole un plan ambicioso al que Nelson no supo resistir.

Y no era que ahora no estuviese satisfecho de haber dejado su empleo ante el asombro de sus jefes. Lo que ocurría es que deseaba terminar con aquello para percibir la parte de las fabulosas ganancias que le pertenecía y construir, fundar, una emisora especial, lo que constituía su sueño más dorado.

La imagen de Jim, al aparecer en el campo de visión de sus prismáticos, le hizo dejar de pensar en sus problemas íntimos.

Jim Delorme avanzaba tranquilamente hacia la casa del indio. Peter podía ver sus rasgos y hasta el esbozo de sonrisa que había en sus labios.

«Desde luego —pensó—, nadie podía sospechar nada y en esto residía la habilidad del profesor que, con él, formaban los dos pilares importantes del asunto».

Claro que Jim jugaba también su papel, de la misma manera que Jane era, casi siempre, imprescindible.

¡Jane!

Al pensar en la muchacha su corazón latió con mayor fuerza que de costumbre y una triste sonrisa apareció en sus labios.

¿Se atrevería alguna vez a manifestarle los sentimientos que experimentaba hacia ella?

¡La señal!

Jim acababa de detenerse, no lejos de la verja, para encender un cigarrillo. Aquélla era la señal convenida. Y Peter, dejando caer los gemelos sobre su pecho, retrocedió, incorporándose para acercarse a la caja y oprimir un botón que ésta tenía en una de sus caras.

Un zumbido apagado se dejó oír.

Satisfecho, Peter acercóse de nuevo al alero, enfocando los prismáticos hacia la puerta de la mansión.

Jim estaba allí, esperando. Debía haber pulsado el botón de llamada. Y en efecto, poco después un indio con turbante abrió la puerta, inclinándose en una profunda reverencia y haciéndose a un lado para dejar casar al visitante.

Jim llevaba una minúscula maleta en la mano.

Peter sonrió.

Todo estaba tan minuciosamente organizado que nadie podía sospechar nada.

Desde luego, la inteligencia del profesor había pensado en todo, sin dejar ningún cabo suelto, sabiendo que el menor error podía ser fatal.

CAPÍTULO VI



El salón principal, lo que debía haber sido para los anteriores moradores un «living», había sido convertido, desde la llegada del maharajá, en una enorme alcoba, adornada con motivos orientales, de los que destacaba por su línea moderna, un televisor grandioso, de pantalla gigante —un metro cincuenta de lado— con dispositivo antiparasitario, líneas de «naturalcolor» y relieve garantizado.

El maharajá era un hombre alto, con un parecido extraordinario con su hijo, a no ser que sus cabellos, los de aquél, eran ya casi completamente blancos. Por lo demás, rasgos faciales acusados, ojos de mirada profunda, el resto era idéntico.

Aquella tarde, como casi todas, tendido en los cojines que le servían de lecho y con una pipa conectada a un fumador alejado por una larga goma, seguía con interés el programa de televisión de París, que indudablemente en su honor había incluido danzas indostánicas maravillosamente realizadas por un «ballet» famoso en

todo el mundo.

La música era suave, insidiosa como la marcha de una serpiente. Y hasta aquella imagen se veía reforzaba por los movimientos de las bayaderas y los de las gasas con las que jugueteaban con un preciosismo puramente oriental.

El maharajá sonreía, satisfecho.

Por eso, cuando las imágenes perdieron su nitidez en la pantalla y que, al mismo tiempo, la frecuencia modulada empezó también a hacer de las suyas, emitiendo sonidos discordantes, el indio cerró los puños, levantando uno de ellos, lo que tuvo por consecuencia que un criado que estaba detrás de él corriese para cerrar el aparato.

—¡Es intolerable! —exclamó el indio—. ¡Justamente cuando estaba pasando un buen rato!

Dejando la pipa, se puso en pie, acercándose al aparato y mirándolo con ojos inquisitivos, la frente marcada por una arruga en «H» que procedía del fruncimiento del entrecejo.

Volvió a poner el aparato en marcha, teniendo que desistir al comprobar que las mismas e intolerables anomalías se producían.

Fue entonces cuando otro servidor entró silenciosamente en la estancia, inclinándose ante su amo.

—Señor...

—¿Qué hay?

—Un hombre desea veros: dice ser técnica en televisión.

El maharajá sonrió.

—¡Vaya casualidad! Dile que pase inmediatamente.

—Sí, señor.

Desapareció el criado tras una de las densas cortinas, surgiendo de nuevo parcialmente, ya que se había hecho a un lado para dejar pasar al joven visitante.

Jim lanzó una divertida mirada a aquel cuadro oriental que constituía la estancia; luego se acercó al maharajá.

—Buenas noches, señor.

El indio le miró de arriba abajo.

—¿Es verdad que eres un técnico en eso? —Y señaló el aparato.

—Es verdad, señor.

—Pues has llegado a punto. ¿O es que practicas la telepatía y has sabido que acaba de estropearse?

Delorme sonrió.

—No, señor; no soy télépata ni tampoco es una casualidad que haya llegado aquí en este momento.

—¿Entonces?

—Estoy recorriendo las casas de este barrio, ya que sabemos que se producen anomalías en la recepción de la imagen y del sonido.

—¿Sabemos? ¿Quiénes?

—Represento una casa de televisión que se ocupa de este sector, señor.

—¡Ah! ¿Y crees poder hacer que siga viendo la emisión?

—Desde luego, señor. Es cuestión de cinco minutos.

—¡Pues manos a la obra, joven!

—Si.

Jim se acercó al aparato, abriendo la maleta que traía. Poniéndose atrás, quedó oculto a los otros, oyendo solamente que el maharajá estaba hablando con sus criados en una lengua completamente desconocida para él.

Levantando, la tapa posterior del aparato, metió la mano en la maleta, sacando la minúscula cajita que colocó en el interior del televisor, realizando las conexiones en un tiempo récord.

Salió después de detrás del colosal aparato, Y, sonriente, acercóse al indio.

—Ya está, señor. Creo que funcionará bien.

El maharajá preguntó:

—¿Lo cree solo?

—Perdone: estoy seguro.

—Veámoslo.

Jim encendió el aparato después de lanzar una ojeada a su reloj, sabiendo que Peter, allá en el tejado, debía haber suprimido la acción perturbadora de la cajita.

En efecto, la imagen y el sonido volvieron a, ser perfectos.

—¡Estupendo! —exclamó el oriental—. ¡Es usted un técnico de primera clase!

—No tiene importancia, señor.

—Sí que la tiene. ¿Cuánto le debo?

—Ya le pasarán la factura, señor.

—No importa...

Había abierto un cajón de un mueble oriental, de madera preciosa, cogiendo, sin contar, un montón de billetes que tendió a Jim, obligando a éste a que los cogiese.

Luego ordenó a uno de los criados que acompañase al joven hasta la salida.

Una vez fuera, Jim recorrió una cincuentena de metros, antes de cruzar la amplia avenida para, en línea oblicua, acercarse al hombre que, por la otra acera, parecía, haber supeditado su marcha a la suya; hasta que se encontraron.

Durante unos segundos caminaron juntos, no cambiaron una sola palabra; luego, ya lejos de la mansión que Jim acababa de abandonar, dijo éste:

—¡Todo ha salido a pedir de boca!

—¿Qué tal es ese hombre? —inquirió Peter.

—¡Formidable! Vive en un ambiente digno de las Mil y Una Noches.

—¿De veras?

—Sí. Cuando entré en la casa y vi que todas las habitaciones estaban amuebladas con estilo occidental, sufrí una decepción; pero después, al penetrar en el salón habitado por el maharajá, me quedé con la boca abierta.

—¿Bonito?

Jim dijo:

—No hay palabras para explicártelo: hay que verlo.

—¿Y el televisor?

—Un verdadero coloso: tamaño multimillonario, con todas las perfecciones que puedas imaginarte.

—Pero eso no le evitó estropearse por la acción del perturbador.

Jim sonrió y dio un golpe amistoso en la espalda de su amigo.

—¡Es que tú eres un «as», Peter! Nada se te resiste.

Nelson sonrió, a su vez.

Veremos sí el profesor actúa enseguida y terminarnos pronto este asunto.

—¿Tienes ganas, eh?

—¿Crees que no hemos hecho bastante?

—Sí. Podemos estar satisfechos. Con lo que recibamos del hijo del maharajá tendremos suficiente para todos nosotros.

—¿Dónde iremos?

—¿Qué quieres decir?

—Que al abandonar la organización, convendría «enterrarse» un poco, hasta que todo haya pasado.

—Pero ¿qué ha de pasar?

—¿Has olvidado la SIP?

—¿Y qué tiene que ver con nosotros?

Peter se mordió los labios.

—Escucha, Delorme; yo, en una ocasión, trabajé en Washington, en la Escuela de la Spacial International Police. Fue en una especie de congreso de electrónicos. Pocos días, menos de una semana. Pero lo suficiente para oír hablar a aquellos hombres.

Jim inquirió:

—¿Y qué?

—Que son muy fuertes y que no perdonan nunca cuando alguno de los suyos cae. ¿Has oído hablar del servicio de Ejecuciones?

—No.

—Lo forman dos tipos que no se dedican más que a eso: a vengar la muerte de los agentes de la SIP.

—¡No seas estúpido! Los dos agentes de la SIP a los que te refieres se suicidaron.

—Sí, pero ya sabes cómo fue.

—Ellos no lo saben.

—Desde luego; pero ¿qué ocurriría si lo supiesen?

—No puede ser. Es imposible que nadie descubra nuestro truco.

—Bastaría que el maharajá mirase en el interior del aparato para ver la cajita que has puesto allí.

—¡Parece mentira que digas esas cosas! Me enseñaste a colocarla y ni un técnico la encontraría. Sabes que tendría que desmontar el aparato y que la mitad de la cajita está construida por una carga lo suficientemente fuerte para explotar y destruirla, sin dejar huellas.

Nelson sonrió.

—Tienes razón, amigo. No sé lo que me pasa estos últimos tiempos, pero tengo miedo de todo.

—Haces mal. Sabes que estamos protegidos por una seguridad completa.

—Es cierto.

Habían llegado donde Jim dejó su coche. Y momentos más tarde, el vehículo se alejaba de aquel barrio tranquilo, adentrándose

en la ciudad luminosa y viviendo las primeras horas de su noche.

Sobre el tejado de la casa vecina a la que ocupaba el maharajá, la cajita colocada por Peter seguía allí, con su doble antena, una de ellas mirando hacia el infinito del cielo, encendido de estrellas...

* * *

El «bateau-mouche»^[1] surcaba plácidamente las aguas tranquilas del Sena. Plenamente iluminado, sobre todo en su amplia popa, donde estaba situada la pista de baile, parecía una isla flotante que errase al ritmo de la corriente del río.

El agua, desde la borda, ofrecía una negrura en la que rielaban las luces multicolores del buque. Y la orquesta vertía en el espléndido marco de la noche, las notas de una serie de dulces melodías que se sucedían sin interrupción.

Aruk, enlazado a Jane, seguía el compás dulzón de la música.

Se habían reunido cerca de medianoche, yendo directamente a poner en práctica el proyecto que habían elaborado para aquella jornada. Dejarse arrastrar por las aguas del Sena, pasando la noche en el ambiente fantástico del río.

Jane había apoyado la mejilla en la de su compañero, dejándose llevar por éste, excelente danzarín. Y, con los labios cerca del oído del indio, iba diciéndole cuánto amaba aquello, el hallarse a su lado y el ambiente que les rodeaba.

—¿Te gusta esto, Aruk?

—¡Muchísimo! Y pensar que de no haber sido por la generosa proposición de «Alegría y Futuro», ¡no hubiera podido permitírmelo!

—No pienses más en eso, cariño. Tú también te has portado maravillosamente bien al firmar la cesión de una importante cantidad de dinero para el día que puedas disponer de la fortuna que heredarás. ¿Crees que los beneficiarios de «Alegría y Futuro» pueden olvidar tu magnánimo gesto?

—No hablemos más de eso, por favor: era lo menos que podía hacer.

—Como quieras.

Siguieron bailando, ahora en silencio. Hasta que, de repente, el rostro de la muchacha cambió de expresión.

—¿Me permites un momento, querido? —dijo desasiéndose sin brusquedad de su acompañante.

—¿Estás cansada, verdad?

—No. Pero deseo ir a la cabina... sólo un instante.

—Te esperaré en el bar. ¿Qué te parece?

—Espléndido.

Se alejó la muchacha, deteniéndose junto a uno de los pasos de cubierta para volverse, sonriente, deseando en realidad darse cuenta de si Aruk se había dirigido al bar.

La sonrisa era por si él la miraba.

Pero el indio, visible gracias a su gran estatura, se alejaba ahora hacia popa, donde estaba situado el bar.

Jane penetró de nuevo en la pista, cruzándola en diagonal y dirigiéndose hacia el lugar donde acababa de ver al hombre al que menos esperaba encontrar en aquel sitio.

Él estaba ahora apoyado en la borda, contemplando la margen izquierda del río. Y Jane se acercó, apoyándose a su vez, a su lado.

—¿Puede saberse lo que haces aquí, Peter?

Nelson no se volvió y durante unos instantes pareció completamente absorto en la contemplación de las luces que desfilaban ante él, como si fuese la orilla del río la que se moviese y no el barco.

Luego, entre dientes, susurró:

—¡No puedo más, Jane!

Ella dejó escapar una risita breve.

—¿Qué quieres decir?

—¿Recibiste mi carta?

—¡Qué cosa dices! ¿No te he contestado acaso?

—No me refiero a la primera. Te he escrito de nuevo...

—Todavía no he pasado por el hotel.

—Comprendo.

La voz de él parecía cansada.

Y tras una pausa, Jane, impaciente y nerviosa prosiguió:

—¡No puedo permitir que me sigas, Peter! Teñirás que tener paciencia y esperar a que todo esto acabe.

—¡Paciencia! ¿Crees que puedo tenerla sabiéndote en los brazos de otro hombre?

—¿Es que no comprendes que eso forma parte de mi trabajo?

—¡Tu trabajo! ¿Qué necesidad tienes de hacerlo?

—¿Cómo? ¿Y tú me dices eso? ¿Es que no sabes que el profesor desea que éste sea el último asunto...?

—Hemos ganado lo suficiente para que Brocard te dejase tranquila...

—¡Nada de nombres, Peter!

Y miró alrededor suyo, percatándose que, por fortuna, no había nadie que pudiera oírlos.

Nelson se había vuelto ahora hacia ella y la miraba con una intensidad ansiosa reflejada en su rostro.

—¡Jane!

—¿Qué quieres?

—¡No puedo más! Te aseguro que ese indio, pase lo que pase, pagará la audacia que he visto que tiene contigo...

—¡Ese hombre me importa un bledo!

—Puede ser; pero no ocurrirá lo mismo con él. ¡No hay más que verle! ¿Crees que te dejará tranquila?

—Pues claro.

—¡Qué engañada vives! En cuanto el profesor haya terminado con su padre, Aruk se dedicará por entero a ti. ¿Y qué posibilidades me quedarán ante él, que se habrá convertido en uno de los hombres más ricos del mundo?

La muchacha calló.

No era aquélla la primera vez que había pensado en lo que podía resultar si Aruk se enamorase verdaderamente de ella. Desde luego, en vez de vivir cómodamente, eso sí, al lado de un hombre tímido como Nelson, se convertiría en una dama envidiada por todos.

¡La esposa de un maharajá!

¿No se había sacrificado siempre en aras de una ambición que la aguijoneó desde muy joven, casi niña, mostrándose dispuesta a hacer lo que fuese con tal de conseguir lo que se proponía?

Cuatro años antes había conocido a Jim, quien la presentó al profesor. Éste la había juzgado enseguida, considerándola como capaz de representar el papel que convenía para una mujer en la organización.

Y todo había ido sobre ruedas...

Jane demostró carecer de escrúpulos, en el más amplio sentido de la palabra. Y si la caja fuerte de Brocard estaba ahora rebosante

de dinero, había sido, en grandísima parte, gracias a ella.

¿Podía ahora dudar cuando se le presentaba la mejor oportunidad de su vida?

—¿En qué piensas?

Volvió a ver a Nelson que, durante aquellos segundos, parecía haberse borrado por entero de su vista.

Y al ver la, angustia que había en el rostro de aquel hombre, juzgó prudente no excitar sus celos, jugando una de las cartas maestras que jamás le habían fallado.

—Escucha, Pierre...

—¿Qué?

Ella le había puesto las manos sobre los hombros y le miraba fijamente, al fondo de los ojos.

—Si me prometes abandonar el barco, te juro que hoy será el último día que me verás con ese indio...

—Pero...

—Déjame seguir, cariño. Mañana, hacia mediodía, habré hecho las maletas y me presentaré en tu casa. ¿Qué te parece?

Él abrió unos ojos como platos.

—¿Es eso verdad? —inquirió, con una voz que estuvo a punto de provocar una carcajada en la muchacha.

—Sí.

—¿Y si el profesor te ordena seguir con el indio?

—¡No le obedeceré! Te he dicho que estaré mañana contigo. Y nada ni nadie podrá separarnos nunca más.

Iba él a decir algo, pero ella se lo impidió, posando sus labios sobre los del joven.

Y cuando ella se alejó, con pasos precipitados, Nelson suspiró profundamente, considerándose como el hombre más dichoso del mundo. Luego, sin dejar de sonreír, dirigióse a la planta baja de la nave, rogando al oficial que acostase para abandonar el «bateau-mouche».

CAPÍTULO VII



Muy temprano se había levantada Jim, ya que no pudo conciliar el sueño en toda la noche. Vistiéndose, salió de su casa bastante antes de que rayase el alba, penetrando en uno de esos bares que permanecen abiertos toda la noche.

Estaba nervioso.

La noche anterior estuvo junto al profesor, poco antes de que éste le dijese que aquélla era la última sesión destinada a solucionar el caso del maharajá.

—Has de decir a Nelson, mañana —le ordenó—, que retire la cajita del tejado de la casa vecina a la del indio.

Todo aquello quería decir que faltaba muy poco para que Aruk pagase la cantidad prometida, liquidándose el asunto de una manera definitiva.

Tenía muchas ganas.

Calculando fácilmente, podía saber la suma fabulosa que el

profesor, después de la entrega del indio, reuniría. Y sabiendo que una cuarta parte iba a ser para él, no podía evitar que una sonrisa de satisfacción apareciese en sus labios.

¡Millones de créditos!

La tranquilidad, la paz, el lujo... ¡Se acabaron las preocupaciones, los temores, los miedos pasados y soportados en aquellos últimos tiempos!

Respecto a la policía, era casi seguro que la SIP continuase sus investigaciones, deseosa de aclarar, sobre todo, los motivos que habían empujado al suicidio a sus dos agentes.

Pero, era como si intentasen ver en la más densa oscuridad. Imposible saber nada. Y cuando Brocard y los demás abandonasen «Alegría y Futuro», dejando la organización en manos de unos cuantos estúpidos, los que habían procurado los fondos para su existencia, ¿quién podría descubrir nada sospechoso?

La organización seguiría funcionando, aunque los suicidios cesasen para siempre. Mas, la policía, sin poder descubrir la menor huella, tendría que terminar por archivar aquel caso que era, sin ninguna duda, el más misterioso que se le había presentado nunca.

Pidió Jim otro café, viendo, desde donde estaba sentado, que el día empezaba a poner grises sobre la negrura de las calles. Poco después, un muchacho penetró en el bar, llevando bajo el brazo la primera edición de los periódicos de la mañana.

Delorme se precipitó, comprando uno de cada clase.

Luego, encendiendo un cigarrillo con mano nerviosa, desplegó uno de ellos, leyendo los titulares de la primera página.

EL MAHARAJA DE BRAHMAPUTRA SE SUICIDA

«Esta noche, alrededor de las doce, uno de los servidores del potentado indio, fue, como de costumbre, a llevar a su amo una taza de hierbas aromáticas que éste toma por costumbre. El criado penetró en el salón donde duerme el maharajá, descubriendo el cuerpo de su señor completamente frío. Avisando al jefe de la servidumbre, éste se

comunicó rápidamente con los servicios médicos del Hospital Central, cuyos facultativos se personaron inmediatamente en la residencia del maharajá, reconociendo su cuerpo y diagnosticando, sin ningún género de duda, la muerte por envenenamiento...».

Avisada la policía, el inspector Curteau no tardó en descubrir una carta, en francés, escrita de puño y letra por el maharajá, en la que explicaba matarse, sin que nadie fuese responsable de ello...

Otros titulares semejantes llamaron la atención de Jim.

«¿Habrá modificado el maharajá el contenido de su testamento, desheredando a su hijo Aruk?».

«Las últimas noticias relativas a Aruk, el hijo del finado, dicen que el joven indio se divertía, estas noches, en los barcos que surcan el Sena...».

«¿Será la actitud de Aruk lo que haya provocado la muerte del maharajá?».

Jim no quiso leer más.

Pagando el importe de lo que había bebido, salió y como había dejado su coche en el garaje, deseando estirar las piernas, tomó ahora un «taxi», haciéndose conducir a «Alegría y Futuro», donde vivía el profesor.

Sirviéndose de la llave que tenía, atravesó la planta baja, completamente desierta a aquellas horas, tomando el ascensor que le condujo al piso que, por entero, ocupaba Brocard.

Llamó al timbre.

Tuvo que esperar largo rato hasta que la puerta se abrió, dejándole ver el rostro abotargado de Vincent Brocard, que debía haber visto interrumpido su más profundo sueño.

—Pasa.

El profesor cerró la puerta, señalando un asiento a Tim, que se dejó caer en él, encendiendo un cigarrillo.

Luego, comprendiendo la significación de la inquisitiva e irritada mirada del otro, le dijo:

—Perdone, profesor..., pero no he podido contenerme.

—¿Qué ocurre?

—El maharajá ha muerto.

—¿Y por eso me despiertas a estas horas?

—Ya le he dicho que me perdone. ¡Estoy tan contento!

El rostro del otro abandonó la expresión sombría y un esbozo de sonrisa asomó a sus labios.

—Lo comprendo. Después de todo, unas horas más de sueño no son nada, comparadas con lo que esa desaparición significa para nosotros.

—¡Un billón de créditos!

—Sí. Y sobre todo, el final de nuestro trabajo.

Charlaron animadamente, exponiendo proyecto tras proyecto, hasta que más tarde y mientras el profesor preparaba sendas tazas de café, Jim encendió el aparato de televisión, dispuesto a regodearse con la repetición de las noticias que ya había leído en los periódicos.

Había la habitual emisión de gimnasio matutina, a la que sucedió un poco de música; pero pronto apareció el rostro del locutor, sonriente como siempre.

—Estamos seguros, señoras y señores, que conocerán ya la triste noticia de la muerte de uno de los más ilustres huéspedes que Francia ha tenido en los últimos tiempos: nos referimos, naturalmente, al maharajá de Brahmaputra...

»La Prensa de la mañana ha publicado extensa información sobre el caso; pero nosotros, televisión de Francia, podemos darles una noticia completamente inédita, que acaba de llegar a nuestra redacción y que ha sido conseguida por uno de nuestros colaboradores, al que vamos a entrevistar seguidamente...».

Brocard apareció con las tazas, dejándolas en una mesita para terminar sentándose ante el aparato, en silencio.

Un nuevo rostro había aparecido en la pantalla.

—He aquí —dijo la voz del locutor—, señores telespectadores, a Noel Santail, nuestro joven reporter, al que ya muchos de ustedes conocen y al que vamos a hacer, unas preguntas... Veamos...

—¿Cuándo te enteraste de la muerte del maharajá, Noel?

—Hacia la una de la madrugada.

—¿Dónde estabas?

—Asistiendo al estreno de una comedia. Tuve la suerte de estar sentado al lado del doctor Neamur, que fue llamado para asistir, junto a dos de sus colegas, al maharajá.

—¿Dices asistir?

—Sí, puesto que todavía no se sabía con certeza que había muerto.

—¿Y qué hiciste?

—¡Seguirle! Él me autorizó a hacerlo y fui uno de los primeros en llegar a la residencia del prócer indio, en Neully.

—¿Había más informadores?

—Sí. Bastantes. Cuando la servidumbre llamó al hospital, la enfermera de turno llamó a los periódicos más importantes.

—¿Pero se olvidó de la televisión, verdad?

Noel sonrió.

—Sí. Tendremos que regalarle algo para que otra vez nos recuerde.

—De acuerdo. ¿Qué viste en la residencia, Noel?

—Muy poco. La policía no nos dejó más que echar una ojeada al cuerpo, a cierta distancia, ya que no querían que nadie tocara nada. Se hicieron las fotos de rigor. Pero yo, que no llevaba material fotográfico ninguno, pensé enseguida que la televisión iba a quedar malparada al lado de nuestros amigos de la prensa.

—Y pensaste correctamente. ¿Fue entonces cuando tú dijiste que debías hacer algo?

—Sí. Como no podía conseguir allí nada importante, me dije que una excelente noticia sería intervenir al hijo.

—¡Colosal, Noel!

—Gracias. De todos modos, no era nada sencillo, ya que no sabía con exactitud dónde encontrarle a aquellas horas.

—¿Y qué hiciste?

—Tomar un «taxi» hasta la primera estación de «helicars». Alquilé uno allí y me dirigí hacia el río, poniéndome en comunicación con todos los «bateaux-mouches» que lo surcaban...

—¿Cuándo lograste encontrar a Aruk?

—Cuando ya empezaba a desesperarme. Pero, al comunicarme con el último barco, cerca de la desembocadura ya, tuve la suerte de descubrir que el príncipe indio estaba allí. Me posé sobre la cubierta especial del barco y fui en su busca.

—¿Estaba solo?

Noel sonrió, guiñando el ojo.

—¡Oh, no! Le acompañaba una hermosísima señorita.

—Lo comprendemos perfectamente. Sigue.

—Él pareció muy afectado por la noticia y rogó a la damita que le acompañaba que le dejase solo. Entonces fuimos al despacho del capitán del barco y allí pude, después de dejarle unos instantes, hacerle algunas preguntas.

—¿Qué le preguntaste?

—Si pensaba que su padre le hubiera perdonado.

—¿Y qué dijo?

—Que estaba completamente seguro de ello, que se arrepentía de haberse comportado de una manera indigna...

El locutor preguntó:

—¿Qué más?

—Le pregunté lo que iba a hacer con la fabulosa herencia que le pertenecía ahora por entero...

Desapareció el rostro de Noel, ocupando la pantalla el del locutor.

—¡Un momento, señores telespectadores! ¡Mucha atención! Porque van a oír lo inesperado, lo inaudito... Veamos lo que contestó el príncipe a la pregunta de nuestro redactor...

La imagen de Noel reapareció.

Y después de una pequeña pausa, destinada a aumentar el efecto de la emisión, el rostro del reportero apareció de nuevo en la pantalla.

—El joven indio me contestó que no pensaba tocar ni un solo crédito de aquel dinero. Y que estaba decidido a no admitir la herencia, destinándola por entero a la construcción de un mausoleo, en Benarés, que sirviese de tumba a su padre...

—¿Han oído ustedes eso, señores teleespec...?

—¡¡¡Cierre eso!!! —rugió Brocard.

Obedeció Jim, pálido como el papel, guardando un silencio durante unos instantes.

Un silencio pesado como una losa.

Hasta que el profesor estalló:

—¡Imbécil! ¡Más que imbécil! ¿Qué se habrá creído ese indio de todos los demonios? ¡Le hemos adelantado medio millón de

créditos, para sus diversiones, y nos ha firmado un documento de cesión por un billón...! ¿Cree acaso ese idiota que no nos va a pagar?

—¡Es inaudito!

—¡Intolerable! ¡Ya le arreglaremos las cuentas!

—¿Qué piensa usted hacer, profesor?

Brocard había cerrado los puños.

—No lo sé aún... —dijo, tras una pausa—. Pero, desde luego, ese tiznado no se saldrá con la suya.

—¿Podemos llevarle a los tribunales?

—No creo que sea posible, sobre todo ahora... ¡Pero hablaremos con él, le obligaremos a aceptar la herencia! ¡Lástima que no tenga un hijo menor de edad para repetir lo que hemos hecho con su padre y quedamos con la totalidad del dinero!

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Jim fue a abrir, hallándose ante una Jane pálida como una muerta, con los ojos rodeados de cercos morados, casi a punto de llorar.

Miró a los dos hombres y se dejó caer en uno de los sillones.

Un silencio profundo siguió, ya que ni el profesor ni Jim, menos aún éste, deseaban volver a hablar de lo mismo, creyendo que la muchacha lo sabía todo.

Jane sollozaba silenciosamente, con el rostro oculto tras las manos. Hasta que Brocard, furioso, la miró con fijeza.

—¡Basta de lloros, Jane! No adelantaremos nada con las lágrimas...

Ella se secó los ojos, pero sin atreverse a mirar a ninguno de los dos hombres.

—¿Lo saben ya? —inquirió la muchacha con voz apenas audible.

Jim asintió, con un gesto.

—Sí, Jane: lo sabemos..., pero no debes preocuparte. El profesor encontrará una solución para todo.

—¡Es imposible!

Brocard se amoscó.

—¿Cómo? ¿Me crees tan inútil?

Le miró, con los ojos nuevamente arrasados por las lágrimas.

—No es eso, amigo mío —dijo—. Pero ya sabes que todo está perdido..., sobre todo para mí, que creía haber conseguido el mejor

sueño de mi vida.

Vincent frunció el entrecejo.

—¿Tu mejor sueño? ¿Qué quieres decir?

Ella bajó la cabeza.

—Pensaba casarme con él... —insinuó con un hilo de voz.

—Nada me importaba, mi parte... pensaba dejársela a ustedes para que salieran más gananciosos.

Brocard se mordió los labios.

—Seguimos sin entenderte, Jane. ¿Por qué no hablas más claro?

—¡Si ya lo hago!

—Bueno, vayamos por partes. ¿Con quién querías casarte?

—Con Aruk.

Una sonrisa, asomó a los labios del profesor.

—¡Una magnífica idea! —exclamó—. ¿Estaba él de acuerdo?

—Sí.

—Mejor que mejor. Así podrás conseguir lo que sería difícil para nosotros. ¡Te felicito, pequeña! Eres mucho más lista de lo que creía.

Ella le miró, con los ojos muy abiertos.

—Ahora soy yo —dijo— la que no entiendo nada.

—¿No ibas a casarte con el indio?

—Sí.

—¿No estaba él de acuerdo?

—Sí.

—Entonces todo está arreglado. Tú le convences de que no haga esa barbaridad y nosotros salimos ganando, igual que tú...

—¿A qué barbaridad se refiere, profesor?

—¿Cómo? ¿No lo sabes?

—¿El qué?

Brocard se rascó la cabeza, mirando a Jim.

¿Es que aquella muchacha se había vuelto loca? ¿O intentaba enloquecerlos a ellos?

—Veamos, Jane —dijo el profesor armándose de paciencia—. Tú debes saber que el indio se ha negado a admitir la herencia.

—No, no lo sabía.

—¿No estabas a su lado en el barco?

—Sí, pero no asistí a la entrevista que le hizo el de la televisión. Me rogó que le dejase solo.

—Entonces, ¿a qué te refieres al decir, antes, cuando llegaste, de que no había arreglo?

—A lo que ha hecho Peter.

—¿Nelson? ¿Qué viene a hacer en todo esto?

—Yo le había prometido ir a su casa, para que me dejase en paz. Quería casarse conmigo...

—Eso ya lo sabíamos. ¿Y qué?

—Que al ver que no cumplí mi palabra, se presentó en el «bateau-mouche». Y mientras yo estaba en el bar, después de que el de la Televisión se fue..., ¡lo hizo!

—¿El qué? —Había prometido matar a Aruk.

—¿Eh?

—Se le comían los celos. Y como no se atrevía a atacar al indio, que era mucho más fuerte que él, colocó la caja...

—¿Qué caja?

—Una bomba en la cabina de Aruk.

—¿Y estalló?

—Sí.

—¿Ha... muerto? —preguntó el profesor.

—Sí. La bomba estalló cuando se hacía de día. Nelson vino a verme instantes después, escupiéndome a la cara, y diciéndome que le importaba poco todo lo demás. Que ya que no iba a ser suya, tampoco sería del indio...

Brocard reflexionaba a toda velocidad.

—¡Tenemos que huir! —dijo de repente—. La situación se ha puesto muy peligrosa para nosotros y vamos a irnos ahora mismo. Ya os diré adónde. Pero, mientras lo preparamos todo, tú, Jim, debes asegurar nuestra tranquilidad futura.

—¿Cómo?

—¿Y aún me lo preguntas? Ese imbécil de Nelson está desesperado y hablará por los codos, sin importarle arrastrarnos a su propia pérdida.

—Comprendo.

—Me alegro que comprendas. Búscalo y... ¿lo entiendes ahora?

—Sí. Ese cerdo no podrá salirse con la suya. Puede estar tranquilo, profesor.

—Bien. Te esperamos aquí, pero no tardes mucho. Es casi seguro que Peter esté en su casa, emborrachándose como un estúpido...

para olvidar. Regresa pronto.

—Así lo haré.

Una vez fuera, Jim tomó un «taxi», haciéndose conducir al barrio donde vivía su antiguo compañero.

Estaba furioso.

Justamente, cuando todo parecía ir viento en popa, las cosas habían empezado a hundirse, una tras otra. Primero la actitud estúpida del indio al negarse a recibir la herencia que le pertenecía, luego lo que había hecho Nelson, terminando de derrumbar los proyectos que, con el casamiento de Jane volvía a ofrecer una perspectiva halagüeña.

Naturalmente, si la muchacha hubiera conseguido sus propósitos, no habría tardado mucho en convertirse en la dueña de los billones del indio, puesto que el profesor se las hubiera arreglado para convertirla en la heredera de un nuevo suicidado...

Pero ahora, por el gesto incalificable de Nelson, todo aquello se había evaporado para siempre.

Se detuvo el coche.

Descendió Jim y acercándose al chófer.

—¿Qué le debo? —inquirió.

—Dos créditos cincuenta, señor...

Delorme sacó su cartera.

—¿Se ha enterado de la muerte del joven indio, señor? En pocas horas, han caído el hijo y el padre... ¡Se acabaron los maharajás!

—Sí, ya me he enterado.

—¡No somos nadie!

Jim pagó, hundiendo después la mano en el bolsillo donde llevaba el cuchillo. Mirando a la casa de Nelson, musitó quedamente:

—Tiene usted razón, amigo: no somos nadie...

CAPÍTULO VIII



allowan estrechó la mano del hombre que acababa de entrar en su despacho.

Dad Tavore se sentó en uno de los cómodos sillones, esperando que el jefe de la SIP rompiese el silencio que se había hecho en la estancia. Pero Donald, por el momento, contemplaba al indio, al agente más raro que tenía la Spacial International Police.

Porque Dad Tavore era el único agente que poseía facultades especiales. Surgido de una familia de profesores hindúes, se había visto atraído desde joven, gracias al ambiente de su casa, allá en la India, por el estudio de las facultades ultra sensitivas del ser humano. Aprendió hipnotismo y se encontró, a los ocho años, con facultades de telepatía verdaderamente notables.

Mientras le miraba, Donald estaba recordando las circunstancias que habían hecho de aquel hombre extraordinario un agente de la SIP. Quizá fuera Tavore el único que no había pasado por la Escuela de Washington, ya que en realidad, no lo necesitaba.

Callowan lo había conocido por casualidad en un congreso de Ciencias Hipnóticas que se había celebrado en Berlín y donde el joven indio demostró ser el mejor de cuantos se habían presentado.

Pensando lógicamente en los beneficios que aquel hombre podía reportar al Servicio, Callowan se dedicó a convencerle, cosa que no ofreció grandes dificultades, ya que Dad poseía, ante todo, un innato amor a la justicia.

La SIP no empleaba a Tadore más que en casos especiales, cuando las portentosas dotes del indio eran necesarias para ayudar al Servicio, cuyos agentes, en determinados problemas, eran incapaces, como la mayor parte de los mortales, de seguir adelante.

El que Tadore entrase en liza dependía exclusivamente de Callowan, que sabía cuándo eran necesarios sus servicios. Todo pues, salía de la mente privilegiada del jefe de la Spatial International Police, cuya intuición era conocida por su prodigiosa nitidez.

Aquélla era ahora, precisamente, la cuestión que preocupaba a Tadore, cuya curiosidad no tardó en manifestarse en una pregunta:

—¿Cómo supo, señor: —inquirió— que yo debía, ocuparme de este asunto?

—Al principio —confesó Callowan—, no pensé, ni por asomo, en ti. Los suicidios me parecieron, desde luego, provocados. Pero creí que los procedimientos eran los de uso común: chantaje sobre todo. Fue luego, cuando Jean y Toni murieron, que me percaté de que nuestros adversarios utilizaban armas especiales. Por eso me decidí a llamarte.

—Comprendo.

—Un agente de la SIP —siguió diciendo Callowan— puede morir en la brecha, pero nunca suicidarse. Las cartas de los dos agentes, sin embargo, eran naturales, de su puño y letra y parecían sinceras.

Dad preguntó:

—¿Le extrañó eso, verdad?

—Sí. Porque me di cuenta de que habían escrito las cartas como lo hubiera hecho cualquier persona dispuesta a poner fin a su vida.

—En efecto.

—De ahí surgió la idea de hacer que pasases por la doble personalidad del maharajá. Pedí permiso a esa personalidad, rogándole que, tanto él como su hijo, desapareciesen por una

pequeña temporada.

—¡Y yo los sustituí!

—En efecto.

—Tuve, sin embargo, que utilizar a uno de nuestros hombres, de la Sección India de la SIP, para que me sustituyese en alguna ocasión.

Callowan sonrió.

Había extendido la mano hacia la caja de habanos, pero no la tocó, diciéndose que las cosas no habían terminado aún.

Sin decir nada, Dad sacó su estuche de cigarrillos orientales, tendiendo uno a su jefe y encendiendo él otro.

—¿No sería mejor que me lo contases todo por orden, Dad?

—Como usted quiera.

Y tras una corta pausa, prosiguió:

—Al llegar a París, reuniendo las condiciones que parecían ser necesarias para interesar a los provocadores de suicidios, yo estaba seguro que no tardarían en entrar en relación conmigo.

—¿Cuáles eran esas condiciones?

—La de ser heredero de una gran fortuna y la de estar, al mismo tiempo, en malas relaciones con la persona de la que se debía heredar.

—Entendido. Ya sé que siempre han obrado en esos casos que, por desgracia, son los que más abundan...

—Usted ya había hecho suficiente propaganda sobre el maharajá y su hijo. Así, pocos días después de mi llegada a París, una joven se presentó en uno de los locales que yo frecuentaba, abordándome directamente.

—¿Jane Conwell?

—La misma. Me dijo que pertenecía a «Alegría y Futuro» y que su organización estaba dispuesta a ayudarme. Las condiciones eran las de siempre; recibir una suma importante y firmar un documento en el que se dejaba a la organización la décima parte de la herencia.

—Eso es lo que siempre ha ocurrido en los casos que conocemos.

—Así es. Desde luego, no se hablaba de nada que hiciera pensar en que el poseedor de la fortuna iba a morir pronto. «Alegría y Futuro» se mostraba como una organización filantrópica, sin ambición de ninguna clase y dispuesta a ayudar con una vaga promesa para el futuro.

—¡Menudos granujas!

—Pero, en realidad, una vez firmado el documento de cesión voluntaria del décimo de la herencia, la suerte de su poseedor estaba echada.

—¿Cómo se las arreglaban?

—De una manera muy ingeniosa. Yo ya me había orientado telepáticamente hacia un desconocido, el jefe de la banda, que poseía poderes especiales. No me interesó ahondar más, porque temía que él se diese cuenta de que yo le estaba «sondando», cosa que hubiera sido fatal para mi misión.

—Desde luego.

—Pero con las pocas cosas que sabía, estaba casi completamente preparado para esperar el momento en que se decidiesen a actuar. Por eso yo no salía de casa, como hijo del maharajá, más que cuando iban a sonar las doce, para ir a reunirme con Jane que, por su parte, trataba el asunto a su manera, haciendo lo imposible para casarse conmigo.

—No es tonta la chica.

—No. Una de las noches y sabiendo ya que la televisión era el camino, aunque aún no lo comprendía bien, observé ciertas anormalidades en la recepción.

Y entonces me dije que la hora se acercaba.

—¿Qué pasó entonces?

—A los pocos minutos de empezar las anormalidades en la pantalla, un hombre llamó a la puerta, presentándose como un técnico, responsable de una casa de televisión que estaba encargado de solucionar «ciertas anormalidades del sector».

—¿Jim Delorme?

—El mismo. Los hombres que vigilaban desde los alrededores, le vieron llegar, descubriendo, al mismo tiempo, los manejos de un segundo hombre que había colocado una cajita sobre el tejado de una casa vecina.

—¿Nelson?

—Sí. Ellos no se sabían vigilados, ya que nuestros muchachos operaban con cámaras de infrarrojos y ultravioleta, sin tener que asomarse por ninguna parte.

—Sigue.

—El «técnico» maniobró en el aparato, despidiéndose después.

En cuanto hubo atravesado la puerta, hice llamar a los «Chispas»^[2], que siguiendo sus instrucciones se alojaban en el piso superior de mi casa.

«Ellos descubrieron la minúscula cajita que Jim había colocado, viendo que se trataba de una doble caja, con un “canalizador” por una parte y una pequeña carga explosiva por la otra, de modo a poder destruirlo todo y no dejar huella alguna».

—Entiendo.

—Los «Chispas» desmontaron el explosivo. Luego, cuando yo iba a marcharme, para reunirme con Jane, ellos montaron la cámara cinematográfica y los demás aparatos, abandonando la estancia para evitar el sufrir cualquier influencia de las que esperábamos se produjesen.

—¿Ocurrió así?

—Sí. A la mañana siguiente, pudimos ver que el televisor había captado una emisión especial, orientada por el canalizador y el aparato que había en el tejado de la casa de enfrente.

—¿De qué se trataba?

—De algo verdaderamente maquiavélico. Primero se producía una sintonía especial, destinada a «despertar» parcialmente a la persona que, a aquellas horas, debía dormir.

»La sintonía, como he dicho antes, no despertaba del todo, sino que hacía que cierta parte de la mente del que la escuchaba, sin abrir los ojos, se “preparase” para recibir el resto de la emisión».

»Y entonces, el rostro del jefe aparecía, ayudado por potentes procedimientos hipnóticos, influyendo sobre la mente del “paciente”, que recibía instrucciones concretas para que terminase poniendo fin a su vida».

—¡Fantástico!

—Los aparatos que los «Chispas» colocaron, grabaron la totalidad de la emisión, pudiendo estudiarla después con todo detalle y descubriendo así la potencia de la misma.

—¿Qué quieres decir?

—Que se emitía no solamente la imagen de un hombre con grandes poderes de hipnotizador, sino la acción de aparatos que secundaban y amplificaban esos poderes, de modo que ningún mortal, por mucha voluntad que tuviese, pudiera resistir tan nefasta influencia.

—¿Basta una sola emisión?

—No. Eran necesarias, por lo menos, tres.

—¿Y no hubiera sido mejor ordenar al futuro suicida que dejase todo su dinero a la organización?

—Tal modo de obrar hubiera despertado, infaliblemente, las sospechas del fisco. Mientras que siguiendo el curso normal, «Alegoría y Futuro»; es decir, la banda, conseguía ingresos formidables sin, aparentemente, hacer nada fuera de la Ley.

—¡Muy ingenioso!

—Recogimos la totalidad de las tres emisiones, evitando, por el desmontaje, que el aparato estallase, tal y como ellos habían previsto. Después, la noticia de la muerte del maharajá se dio al público.

—¿Quién te sustituyó, como cadáver?

—Uno de mis hombres. Le habíamos disfrazado; pero, por si acaso, no se dejó acercar a ningún fotógrafo. El inspector de policía, que ya conocía nuestro plan, obró con cautela.

—Perfecto.

—La segunda parte de mi plan era la negativa a recibir la herencia. Contábamos con la desesperación de la banda para descubrirlos.

—Lo sé.

—Desdichadamente, Nelson lo echó todo a rodar.

—¡Te salvaste por chiripa!

—Puede usted decirlo, señor. La suerte para mí fue que unos días antes, Jane me dijo que iba a la cabina, poniéndose a hablar con Peter. Desde el bar y gracias a la telepatía, pude escucharles y leí en la mente de él la decisión de matarme.

»Por eso, cuando después de acompañar al redactor de la Televisión hasta cubierta, al regresar a mi cabina, sentí inmediatamente la idea de un peligro, sabiendo que la muerte estaba allí.

Donald preguntó:

—¿Cómo lo supiste?

—Por intuición. Inmediatamente, fui a escondidas a ver al capitán, con el que hablé, de forma a que no tocara nada cuando se produjese la explosión.

—El equipo de la policía, al llegar poco después al barco,

comunicó que yo había muerto en la cabina. De no haberlo hecho así, habría hecho sospechar a la banda de mis poderes.

—Es cierto. Ese Nelson desbarató nuestros planes a última hora.
Hubo una pausa.

—¿Qué piensa usted hacer, señor? —preguntó Dad.

—Tengo un plan y por eso te he hecho venir a Washington, además de que necesitaba que me aclarases todo eso que me has explicado.

Y mirando fijamente al indio, le increpó:

—¿Serías capaz de encontrar, telepáticamente, a esa gente? Sabes que han desaparecido... después de matar a Peter Nelson.

—No va a ser fácil, señor.

—Lo comprendo. Pero has de hacer cuanto puedas, Tadore. A partir de este momento y sabiendo que nuestros agentes fueron empujados a un suicidio, lo que quiere decir que fueron asesinados, no necesitamos de ti más que la precisión del lugar dónde se hallen: el resto corresponde al Servicio de Ejecuciones.

Sin poder evitarlo, Dan se estremeció.

¡El Servicio de Ejecuciones!

Aquellas palabras significaban que la vida de los culpables podía contarse por semanas, por días o por horas, eso dependía de lo que él tardase en descubrir su actual paradero.

Luego...

Cuando un agente caía asesinado por las hordas del crimen, Callowan no se preocupaba ya por preparar un proceso, por entregar a los culpables a los jueces. La SIP no perdonaba jamás la muerte de uno de los suyos. Y evitando gastos al Consejo Mundial, Donald no tenía más que marcar un número, pidiendo comunicación con un lugar apartado, una casita de Cleveland, en el Estado de Ohio, donde dos hombres, que se pasaban la vida leyendo y pescando, esperaban precisamente, aquella llamada.

Callowan rompió el silencio que se había hecho.

—Tienes que intentarlo, Dad.

—Lo haré, señor. Pero, si usted permite, esperaremos que los «Chispas» nos envíen sus conclusiones. Puede ser que lo que hayan descubierto pueda orientarnos en la búsqueda de esos canallas.

—De acuerdo. Esperaremos.

Tadore frunció el entrecejo.

—¿Puedo hacer una pregunta, señor?
—¿Cómo no, muchacho? Las que quieras.
—¿Y la muchacha?
—¿Qué quieres decir?
—Me refiero a Jane.
—¿Y qué?

—Que debe estar con ellos.

—Claro.

—Verá... deseaba saber si el Servicio de Ejecuciones...

Los ojos de Callowan brillaron, como luciérnagas.

—¿Es que esa víbora te interesa?

—¿A mí, señor? ¡En absoluto!

—Creía. Porque no ignorarás que fue ella la que «cazó», en París y en Roma, a tus compañeros, distrayéndolos mientras Jim y Nelson «arreglaban» convenientemente esos aparatos de televisión.

—Es cierto, señor. Perdona.

—Comprendo que el encanto de esa muchacha haya hecho vacilar, por unos instantes, el recuerdo de tus compañeros muertos.

—Ya ha pasado, señor.

—Para los chicos del Servicio de Ejecuciones, no hay diferencias... Y es que cuando marco el número de Cleveland es que estoy seguro de lo que hago...

Y tendió la mano, pulsando el interfono para conseguir línea libre con absoluta preferencia.

CAPÍTULO IX



—André y Charles prefirieron coger el cohete internacional y presentarse en Washington, mejor que comunicar el resultado del estudio que habían realizado en París y luego en Roma.

La importancia de los descubrimientos que habían hecho les obligó a presentarse ante su jefe, sabiendo que éste preferiría oír de viva voz las revelaciones que los dos técnicos en electrónica iban a hacerle.

Una vez en el despacho del director de la SIP, Charles preguntó por Tavore.

—Le he dado un par de días de asueto contestó, Callowan. —Es necesario que descanse, ya que le esperan horas de intensa concentración mental que acabarán, con toda seguridad, agotándole...

—¿Qué habéis descubierto? —inquirió el jefe después de un corto silencio.

André miró a su compañero.

—Cuéntalo tú, Charles.

—Como quieras —se volvió a Callowan—. Verá usted, señor: cuando examinamos el aparato de televisión, ya sabe usted que descubrimos un «canalizador»; es decir, un dispositivo que suprime la totalidad de los canales de recepción, obligando, por así decirlo, al aparato, a recibir una determinada emisión.

—Comprendo.

—Esa emisión llegaba a la antena exterior desde la cajita que Nelson había colocado sobre el tejado de la casa vecina a la que ocupaba el falso maharajá.

—Fuimos, pues, a estudiar aquel aparato, viendo que se trataba de un «relais» complejo y perfecto, con dos antenas: una de ellas apuntaba a la antena del aparato del indio.

—¿Y la otra?

—La otra apuntaba al espacio.

—¿Eh?

—También nos extrañó a nosotros aquel detalle, señor. Y nos pusimos a trabajar, descubriendo, poco después, que la banda utilizaba para la transmisión uno de los Satélites Artificiales que se habían lanzado para ese objeto^[3]... Ya sabe usted que la intensidad de la emisión llega a casi su perfección de esa manera.

—Sí.

—Debió ser el difunto Nelson quien se sirvió de ese satélite, siguiendo las órdenes del jefe, antes de abandonar la compañía de televisión en la que trabajaba. Quizás antes de lanzarlo o en alguna de las visitas de inspección que hizo, colocó un dispositivo aparte, que iba a servirles después para realizar sus actividades criminales.

—Y, ¿desde dónde transmitían?

—Desde París. No hemos podido, por el momento, localizar la emisora de la que se servía la banda, ya que después del caso Tadore, dejaron de transmitir, pero eso carece de importancia; al menos por el momento.

—Esperábamos conocer, por vuestros trabajos —dijo Callowan—, la actual situación de la banda. Pero, por lo que veo, no podéis darnos ninguna pista...

—Se equivoca, señor. Tadore vio con justeza al imaginarse que nuestras investigaciones iban a ayudarle a ese respecto.

—¿Qué quieres decir?

—Que, con cierta seguridad, podemos afirmar que las primeras emisiones, las que la banda hizo como ensayo, antes de montar esa gran mentira que iba a llamarse «Alegría y Futuro», se hicieron desde Marte.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque el satélite artificial que utilizó la banda es un «bipolar», de los destinados a cursar las emisiones hacia ese planeta. La banda debió iniciarse en Marte y lo más lógico es que hayan ido a refugiarse allí.

—¡Pero Marte es un planeta! ¿Cómo podría Dad saber en qué lugar se oculta esa gente?

—Tenemos un grupo de hombres a la escucha, señor. Porque imaginamos que, además de la emisora de la Tierra, la que servía desde París para impulsar a la gente al suicidio, trabajando también para Roma, deben tener otra, la primera que debió quedar en Marte.

—¿Así que París servía también para Roma?

—Sí. Cuando se presentaba un caso en Italia, el jefe de la banda iba allí, haciéndose pasar por un tal profesor Loremi.

—Comprendo; pero ¿y si ellos no desean utilizar la emisora de Marte? Pasaremos meses buscándolos por todas partes. No olvides que aunque conocemos a dos de ellos: Jim y la muchacha, el otro nos es completamente desconocido. Y no lo juzgo tan estúpido como para dejar que sus cómplices se paseen por donde pueden ser descubiertos; les obligará a permanecer ocultos o, en última instancia, para salvar su propia seguridad, puede hasta llegar a matarlos.

—Tiene usted razón.

—¿Entonces?

—No sé cómo explicárselo, señor. Lo que ocurre es que cuando un hombre maneja aparatos de televisión, sobre todo emisoras, con la virtuosidad que lo ha hecho ese jefe de banda, no puede, de ningún modo, dejar de emplear esos métodos. Por otra parte, deberá utilizar sus aparatos para enterarse de lo que pasa en el mundo y, sobre todo, de lo que la SIP dice respecto a ellos.

—Pero aunque estén a la escucha..., ¿qué conseguiremos con ello? Miles de aparatos estarán funcionando normalmente en Marte

y no hay forma posible de saber cuál, es el de la banda.

—La hay, señor.

—¿Eh?

Charles sonrió.

—Si la banda poseyese un aparato corriente, de los muchos que hay en Marte, nos encontraríamos ante un callejón sin salida; pero, por suerte, podemos estar seguros de que el aparato que ellos tienen es excepcional, salido de las manos de un técnico de la categoría de Peter Nelson que, no lo olvidemos, fue una verdadera notabilidad en televisión.

—Desde luego.

—Pues bien: ese aparato, que debe ser además de receptor, transmisor, poseerá, entre otros, un mecanismo selectivo como pocos lo tienen en la actualidad. Este mecanismo es capaz de captar y clasificar las imágenes de muchísimas emisiones a la vez.

—Ahorra las explicaciones, Charles —dijo Donald—. Ya sabes que yo no soy técnico en esas cosas.

—Como quiera, señor. Resumiendo rápidamente: el aparato perfeccionado de la banda, emite, sin poderlo evitar, una serie de lo que nosotros llamamos «reflejos» y que podemos captar, desde dos puntos distintos, localizando así, con precisión, la situación de dicho televisor.

—Lo que quiere decir que podéis decirme dónde se halla esa gente.

—Eso es.

—¡Acabáramos!

Callowan sonreía y después de encender un cigarrillo, no sin lanzar una amorosa mirada a la caja de habanos, repuso:

—Lo que ocurre con vosotros, los técnicos, es tiene uno que tener una paciencia infinita para aguantar vuestras explicaciones. Pero puesto que, después de muchos rodeos, hemos llegado a la conclusión de que vais a localizar a la banda, te ruego me digas qué hay que hacer para ello.

—Ir a Marte y montar unos aparatos para localizar el suyo.

—¡Pues en marcha! Salid en una nave de la Space Patrol y poneos a trabajar enseguida.

—Bien, señor.

—Una cosa: si vais a localizar a la banda ¿para qué demonios

tenéis que utilizar a Tavore?

—Porque nuestro aparato hará una localización parcial, señor, marcando un punto que, a veces, puede tener varios cientos de millas cuadradas de extensión...

—¡Comprendido! Id preparando todo allá en Marte. Tavore saldrá después, acompañado por los muchachos de Cleveland. Quiero que este asunto quede terminado cuanto antes.

—De acuerdo, señor.

Estrecharon la mano del jefe de la SIP. Y éste, al quedarse solo, acarició la caja que encerraba los aromáticos vegueros.

—Un poco de paciencia, querida. Pronto podré ocuparme de ti.

Luego, sentándose de nuevo, reflexionó, pensando en dos hombres que ya debían haberse puesto en camino y que no tardarían en llegar a la Central para recibir órdenes.

Dos hombres que solían pasar largas temporadas pescando, como buenos burgueses, junto a las aguas del lago, riendo y charlando como dos hermanos inseparables.

Uno de ellos, Dink Doe, había perdido a su hermano, asesinado por una banda, en un caso espantoso^[4]. El otro, el portugués Carlo Daveira, el hombre de los seis cuchillos, formaba equipo con Doe, del que jamás solía separarse.

Ambos constituían el brazo ejecutivo de la Spacial International Police, ahorrando montones de créditos el Consejo Mundial, que no tenía que molestarse, cuando ellos entraban en liza, en procesos y juicios.

Porque ellos, los dos, formaban el terrible Servicio de Ejecuciones, cuya misión era la de borrar del mundo de los vivos a los que habían sido lo suficientemente locos como para atacar a la persona de algún agente de la SIP.

Y ahora, como otras veces, Doe y Daveira debían haber guardado sus equipos de pesca, alejándose de aquel tranquilo rincón donde residían. Lo que para la banda que había terminado, tan astutamente, con los agentes Jean Level y Toni Marelo, significaba una sola cosa:

La Muerte.

Vincent Brocard encendió un cigarrillo.

Estaba recostado en un cómodo sillón, en un ángulo de la estancia, y desde allí miraba a los otros dos.

Jim, con el rostro pegado al cristal de la ventana, miraba el paisaje estéril que rodeaba la casa; Jane, reclinada en su sillón, fumaba cigarrillo tras cigarrillo, amontonando las colillas en un cenicero enorme que tenía a su lado. También había una botella de «*whisky*», de la que se servía con bastante frecuencia.

De los tres, Brocard era el único tranquilo. Hombre acostumbrado a jugar fuerte en la vida, comprendía perfectamente lo ocurrido y se daba por satisfecho de haber salido tan bien parado, después del fracaso del indio y de la metedura de pata de Nelson.

Pero sabía que los otros estaban nerviosos.

Llevaban apenas dos semanas allí y Vincent les había visto convertirse, rápidamente, en dos personas agitadas, inquietas, que no podían parar en parte alguna y que, sobre todo, no se atrevían a mirarle a la cara.

No estaba, a pesar de todo, preocupado por la actitud de sus compinches. Comprendía perfectamente que ninguno de ellos poseía los nervios suyos. Y aunque les había visto actuar, fríamente, durante su estancia en la Tierra, sabía que no es lo mismo trabajar cuando todo va bien que permanecer inactivo cuando el curso de las cosas ha cambiado de dirección, separándose de la que se había previsto.

Tosió, llamando la atención de Jim, que se volvió hacia él.

—¿Pasa algo? —inquirió el joven.

—¿Pasar? —rió Brocard—. ¡Absolutamente nada, muchacho! ¿O es que esperas algo?

—Naturalmente. ¿Cree usted que los de la SIP van a cruzarse de brazos?

—Es una obsesión para ti, Jim.

—Plenamente justificada, profesor.

—Ése es el error. Naturalmente, la SIP seguirá trabajando, con la esperanza de encontrarnos. ¿No harías tú lo mismo en su lugar?

—Removerán todo hasta que den con nosotros.

—Me gustaría saber cómo. ¿Por qué no me lo explicas, genio?

Jim se encogió de hombros.

—No, lo sé. Aunque tampoco entiendo esa tranquilidad suya, profesor... Ha habido muchos hombres que despreciaron a los agentes de la Spacial International Police: todos ellos, sin excepción, descansan tranquilos hace tiempo.

—Desde luego. Pero nadie ha dicho que yo desprecie a la SIP: todo lo contrario. La prueba es que estamos aquí.

Jane, que no había perdido ni una sola palabra de cuanto se había dicho, aplastó el cigarrillo sobre la montaña de ceniza que tenía a su lado.

Y sin poderse contener, dijo:

—¡Eso es, profesor! ¡Estamos aquí encerrados en un lugar inhóspito de este maldito planeta! —¿Y hasta cuándo, pregunto yo?

—Hay que tener un poco de paciencia, pequeña.

—¡Se me ha acabado la paciencia! Porque me doy cuenta de que nunca más podremos salir de aquí.

—¿Por qué?

—Porque estarán esperándonos. Y cuando nos atrevamos a hacerlo, caerán sobre nosotros, sin remedio, sin que podamos hacer nada por evitarlo.

—Exageras... La SIP no es una organización policíaca como las otras.

—Por eso mismo...

—¡Déjame hablar! Lo que quiero decir es que Callowan, el jefe, no es de los hombres que pierden el tiempo. Está acostumbrado a resolver las cosas sobre la marcha. Y sería incapaz de esperar mucho tiempo para terminar un asunto. En cuanto se da cuenta de que no puede hallarnos, archivará el caso y lo pasará a la policía local...

—¿De Marte?

—¡Qué va! ¿Cómo quieres que sepan que estamos aquí? Salimos en el momento preciso y mucho antes de que se descubriese el cadáver, de Nelson. Por otra parte, alquilamos una astronave, lo que nos evitó que nadie nos viese, sobre todo a vosotros, que podíais ser los únicos conocidos.

Intervino Jim.

—Todo eso está muy bien, profesor; pero creo que olvida algo.

—¿El qué?

—La muerte de los dos agentes.

—Se suicidaron.

—¡Eso ha pasado ya de moda! —gritó el joven—. ¿Cree que los de la SIP son tan imbéciles para no haber comprendido la verdad?

—Es muy difícil que lo hayan entendido. ¿Cómo podían hacerlo?

—No sé...

—¿Te das cuenta? En todos los suicidios, obramos con cautela y en ningún caso cometimos error alguno.

—¿Y el hijo del maharajá?

—Lo que Nelson hizo fue un error..., pero solamente suyo. La SIP, como máximo, sabe que los herederos de los suicidados estaban en relación con «Alegría y Futuro». Es posible también que hayan investigado en la organización y que allí les hayan dicho que nos hemos ido, pasando los poderes a los nuevos directores...

—¿Y no es bastante?

—No. La SIP puede saber, o mejor dicho sospechar, que nosotros tres somos, en cierto modo, los responsables de los suicidios, aunque no saben cómo. Pueden perseguirnos por habernos llevado la casi totalidad de los fondos de la organización. Pero eso no es bastante para que Callowan movilice sus fuerzas que necesita para otros menesteres. Por eso estoy seguro de que ha pasado el caso a las policías locales.

Jane exclamó:

—Me gustaría a mí estar tan segura...

Vincent miró a la muchacha.

—El miedo es lo peor que puede ocurrirnos. Mientras estemos seguros, confiados pero sobre aviso, nada puede ocurrirnos. Ya sabéis que sigo las emisiones de televisión de todo el mundo, incluso las particulares de la policía y de la SIP. Nada se hace actualmente contra nosotros.

—¿Y si lo hacen a escondidas?

Brocard sonrió.

—Es triste —dijo, después de una pausa— que mis colaboradores, los que me conocen mejor que nadie, hayan olvidado mis poderes. Sabéis, estúpidos, que soy telépata, en cierto modo. Y que si alguien se acercase aquí, aunque fuese a un radio de cincuenta millas, lo detectaría enseguida, tomando entonces las medidas oportunas.

Y como ninguno de los otros dos no dijese nada, prosiguió:

—Podéis estar tranquilos. Día y noche, mi mente está alerta y nada ocurrirá sin que me de cuenta de ello...

Se levantó, acercándose a la ventana que estaba Tim. El día, fuera, empezaba a morir.

—¿Estás ya más tranquilo, muchacho?

Jim asintió, con un gesto de cabeza.

—Sí, profesor. Perdona, pero esta inmovilidad es capaz de sacar de quicio al más ecuánime.

—Lo comprendo. Id ahora a dormir. Mañana será otro día y os iréis dando cuenta de que, a mi lado, no tenéis que temer nada.

—Un poco de paciencia —dijo después de una pausa—: eso es todo lo que os pido. Cuando ellos se cansen de buscarnos, cosa que ocurrirá muy pronto, saldremos de aquí, iremos a transformar vuestro aspecto, a casa de un cirujano estético que conozco, aquí en Marte. Y una vez convertidos en dos nuevas personas, podréis disfrutar de lo que hemos ganado.

Jane sonrió, a su vez.

—Perdóneme a mí también, profesor. Los nervios me dominan a veces...

—Estáis perdonados. Id a dormir: es lo mejor que se puede hacer.

—¿Y usted?

—Veré las noticias del mundo en la televisión y luego me iré a descansar un poco.

—Buenas noches, profesor.

—Hasta mañana, pequeña...

Una vez solo, Vincent pasó a la habitación vecina, sentándose ante el formidable aparato —receptor y transmisor, además de clasificador— que la ocupaba casi por entero.

Sonrió.

No sólo se confiaba en aquél coloso, capaz de comunicarle todas las novedades, incluso las emisiones secretas de la SIP. Su verdadera defensa estaba en su mente, que podía captar la existencia de un peligro, a una cierta distancia.

Entornó los ojos.

No tenía muchas ganas de encender la televisión y prefirió pensar, dejándose llevar por el curso optimista de sus ideas, proyectando su mente hacia el porvenir, que no podía ofrecer una

imagen más halagüeña...

Y fue entonces cuando se estremeció.

Fue tal su sorpresa inicial, que pegó un salto, poniéndose en pie y mirando alrededor suyo, como si el peligro que su mente acababa de descubrir estuviese allí, a su lado, entre las cuatro paredes de aquella habitación.

Haciendo un poderoso esfuerzo por dominar el pánico que le atenazaba el pecho, se concentró, frunciendo el entrecejo.

Esperó.

Poco a poco, las misteriosas ondas telepáticas se proyectaron hacia el exterior, ahondando, cómo invisibles dedos, el espacio que rodeaba la casa.

Su «telepercepción» pasó a la criba cuanto iba recibiendo, dándose cuenta de que nada peligroso había en los alrededores. Siguió, no obstante, ampliando la extensión de su búsqueda, realizándolo a base de círculos concéntricos, como las ondas que forma una piedra al caer en las aguas tranquilas de un estanque.

Hasta que «tropezó».

Ahora no podía caberle duda alguna. Y, estremeciéndose, comprendió que había otro telépata que, habiendo tendido una trampa mental, le había proyectado en ella, puesto que al pensar telepáticamente, se había descubierto.

Cerró los puños.

Momentos después, un audaz plan se había formado en su mente. Y puesto que lo más importante para él era deshacerse de sus enemigos, para poder huir, nada le importaba tener que sacrificar los dos «peones» con los que contaba.

Salvar su vida y el dinero, a cualquier precio.

CAPÍTULO X



El «helicar» se posó cerca de las tiendas de campaña en que habían organizado su campamento los «Chispas».

Tres hombres descendieron del aparato.

El primero era Dad Tavore, el agente indio de la SIP, que avanzó risueño hacia los dos magos de la electrónica, que se adelantaron para recibirles. Bajó después un hombre no muy alto, de anchas espaldas, con el cabello negro, peinado con una raya en la derecha y un bigote recto sobre el labio superior.

Era Carlo Daveira.

Detrás de él apareció un muchachote alto, de corte atlético, con un mechón de cabellos rebeldes sobre la frente. Era Dink Doe, la pareja inseparable del portugués.

Al verlos llegar, Charles y André no pudieron evitar esa extraña sensación que se produce ante lo que se conoce como una máquina de muerte, implacable desde todos los puntos de vista.

Sin embargo, no era aquélla la primera vez que los «Chispas» veían personalmente al famoso Servicio de Ejecuciones; aún más, eran buenos amigos de la célebre pareja y solían escribirse a menudo.

Pero, no obstante, era imposible evitar aquella sensación extraña al estar a su lado.

Se estrecharon cordialmente la mano.

—Venid a la tienda —dijo André—. Tú, Charles, prepara algo para beber mientras yo les digo cómo van las cosas.

—De acuerdo.

Penetraron en una de las tiendas, sentándose en el suelo, ante un aparato complejo que ocupaba un ángulo del recinto.

—¿Habéis conseguido algo? —inquirió Tavoré.

—Sí —repuso André—. Tenemos ya localizado ese aparato de televisión. Ha sido difícil, ya que nos ha costado cerca de dos semanas. ¡Pero al fin lo tenemos!

—¿Dónde están?

André extendió un plano, dibujando un círculo rojo que comprendía una extensa zona.

—Dentro de este círculo —dijo.

—¿No podría sobrevolarse esa zona hasta encontrar la casa? —intervino Daveira.

—Sería inútil. El terreno, en esta parte del planeta, está cubierto por una extraña vegetación, de cerca de veinte metros de altura, que camufla cualquier construcción. Tardaríamos semanas o hasta meses en descubrirlos.

Tavoré entornó los ojos.

—Yo arreglaré eso. Esta noche saldré del campamento alejándome un poco para poder trabajar tranquilo. Vosotros pararéis vuestros aparatos, ya que las emisiones perturbarían mi percepción telepática.

—Así lo haremos.

Pasaron el resto del día charlando animadamente, intercambiando puntos de vista y recuerdos. Se respiraba allí un espíritu de fraternidad completa. Y es que los hombres que trabajan bajo las órdenes de Callowan se acostumbran a sentirse como hermanos por un lazo que nada ni nadie puede disolver.

Al llegar la noche, el indio se alejó, permaneciendo largo rato

fuera del campamento. Los otros, en una de las tiendas, fumaban en silencio, sin atreverse a hablar, pero pensando todos ellos en la misma cosa.

Finalmente, la alta silueta de Dad se precisó en la entrada y todos ellos volvieron sus rostros hacia él, mirándole con ansiedad.

Charles rompió aquel silencio.

—¿Has logrado algo, amigo? —inquirió.

Antes de contestar, Tavore se dejó caer en el suelo, sentándose al lado de sus compañeros.

—Ya están localizados —dijo después.

—¿Cómo lo has logrado?

—Tendiendo una trampa a ese hombre. Él, en contra de lo que creí hasta ahora, es también telépata, aunque sus principales dotes son las de hipnotizador.

—¿Y qué?

—Investigaba los alrededores, proyectando su mente... Yo dejé que lo hiciese, manifestándome de repente. Así se dio cuenta de que utilizábamos sus mismas armas.

—Entonces... ¿sabe que estamos aquí?

—Sí.

—¿No será contraproducente, muchachos? —intervino André.

—No —repuso Dad—. Así, sabiéndolo, tendrá que hacer algo, decidirse a obrar, lo que, con toda seguridad, le llevará a cometer error tras error, puesto que estará desesperado.

—Tiene razón —dijo Doe—. Ir en busca de la serpiente, en su nido, puede ser peligroso. Pero irritarla, obligándola a salir, es lo mejor que puede hacerse.

Carlo sacó uno de sus cuchillos, con una velocidad pasmosa, pareciendo a los otros que el arma había surgido, como por ensalmo, de la mano del portugués.

Y sonriendo, dijo seguidamente:

—Esto durará muy poco. ¿Cuándo nos ponemos en marcha, Doe?

—Al amanecer.

—Yo os guiaré —dijo el indio.

—De acuerdo. Pero procura permanecer a un lado —dijo Doe—. Esa gente, desesperada, es capaz de defenderse panza arriba, con uñas y dientes.

—El más peligroso de todos —afirmó Tadore— es el jefe. Con él es con quien tenéis que tener más cuidado.

—No te preocupes.

El resto de la noche pasó sin novedad.

Al amanecer, la pareja del Servicio de Ejecuciones se dispuso a jugar la última baza de aquel asunto.

Tadore se unió a ellos.

Sondando telepáticamente, tomó el camino recto que conducía a la casa donde se ocultaban los bandidos.

Ni Doe ni el portugués parecían emocionados en lo más mínimo. Caminaban tranquilos, al lado del indio, esperando llegar al lugar previsto.

Tuvieron, no obstante, que caminar cerca de dos horas hasta que Dad se detuvo, diciendo en voz baja:

—Estamos muy cerca.

En efecto, unos pasos más y detrás de la barrera que formaba la espesa vegetación, vieron, de repente, la casa de dos pisos, que parecía incrustada entre los extraños árboles de Marte.

—Nunca la hubiésemos descubierto desde el aire —dijo Doe.

—Es verdad.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó el indio.

Dink sonrió.

—Tú, amiguito, quédate aquí. A partir de este momento, ni Carlo ni yo vamos a necesitar de tu telepatía. Esto —y mostró la «Lüger» especial de la SIP— y los cuchillos de Daveira serán las únicas armas que resolverán el asunto.

—¿Y la chica?

Dad se percató de que no debía haber hecho aquella pregunta. Y menos en tal ocasión.

Doe le miró a los ojos.

—No la has olvidado, ¿verdad?

El indio tragó saliva con dificultad.

—No es eso, Dink... de veras que ya no siento nada por ella; pero es que no he podido dejar de pensar en el fin que va a tener.

Doe le puso la mano derecha sobre el hombro.

—Quédate aquí y olvida, por unos momentos, que hay una mujer en esa casa. Es posible, amigo Tadore, que los primeros disparos sean los de ella...

—Tienes razón.

Iba el portugués a avanzar hacia la puerta cuando ésta se abrió, apareciendo Jane en el umbral. Estaba mortalmente pálida y agitó los brazos.

Enseguida, su voz se dejó oír:

—¡No matadme! ¡Me entrego! ¡No quiero morir!

Tavore sintió una horrible sensación de congoja en el pecho. No se atrevió, no obstante, a decir nada a sus amigos.

—¡Acércate, muchacha! —le inquirió Daveira—. ¡No te haremos nada! La SIP no asesina a nadie cuando alguien se entrega... aunque lo merezca. Y menos tratándose de una mujer.

Dad no pudo evitar un suspiro.

Obedeciendo al portugués, Jane corrió hacia ellos, con una expresión, de franca alegría en el rostro. Por unos instantes, todos temieron que los de la casa disparasen contra ella.

Pero nada ocurrió.

Y entonces, Tavore, que miraba fijamente a la muchacha, mientras ésta corría a su encuentro, sintió un escalofrío que le recorría la espalda.

—¡Mátala, Doe! ¡Dispara!

Dink frunció el entrecejo, mirando extrañado al indio. Y éste, desesperado, sin pensarlo más, arrancó la pistola de las manos de su amigo, haciendo fuego con el dispositivo ametrallador contra la silueta de la muchacha, que ya estaba a una docena de metros de distancia.

Jane cayó de bruces.

—¡Al suelo! —rugió el indio.

Doe y Carlo le obedecieron, tirándose a tierra, justo en el momento en que una formidable explosión desgarraba el aire, llevándose grandes ramas al espacio, que luego cayeron sobre ellos.

Cuando el estrépito de la deflagración se apagó, los tres hombres se pusieron en pie.

—Pero... ¿qué diablos ha ocurrido, Dad? —preguntó Doe, mirando al indio.

—No me había dado cuenta de que estaba hipnotizada. Le colocaron una carga explosiva en la ropa, con la intención de engañarnos y hacemos volar con ella por los aires.

Carlo se pasó la lengua por los labios.

—¡De buena nos hemos librado!

—Bueno —dijo Doe, entre dientes Esta comedia ha terminado...
¿Vamos, Carlo?

—¡Adelante!

Dink, que había colocado un nuevo cargador a su arma, lanzó una ráfaga, cubriendo al portugués que se acercaba hacia la puerta de la casa.

De una ventana del piso superior salieron las llamaradas de una metralleta.

Doe también había salido corriendo, precipitándose hacia la puerta que el portugués acababa de derribar de un fantástico empujón. Una vez dentro, se encontraron en el «*living*» completamente desierto.

Arriba se oían pasos.

—Déjame a mí el pájaro de la metralleta, Carlo —susurró Doe—. Tú puedes echar una ojeada a la planta baja.

—De acuerdo.

Mientras Daveira abría una de las puertas que daban al «*living*». Doe empezó a subir la escalera, pegándose a la pared, con el arma dispuesta, pendiente de cualquier ruido, ya que estaba seguro de que Carlo se movería en medio del mayor silencio.

Una vez arriba, descubrió un largo pasillo con puertas a ambos lados, todas ellas abiertas.

Su adversario podía estar en cualquiera de aquellas habitaciones, con el dedo en el gatillo, dispuesto a «regar» el pasillo en el momento menos pensado. Quieto, inmóvil, junto a la escalera, Dink se devanaba los sesos para encontrar la manera de saber dónde estaba el de la metralleta.

Lo peor de todo es que Dink estaba, seguro que su enemigo «barrería» el pasillo, con una o varias ráfagas, teniendo sumo cuidado de hacerlo a baja altura, de forma a evitar que Doe, al lanzarse al suelo, saliese indemne.

Por otra parte, llamar la atención era precipitar los acontecimientos. Y Dink sabía que tenía todas las de perder.

¡Si al menos hubiera sabido en qué habitación estaba el otro!

Pero había seis puertas, tres a cada lado. Y su adversario podía estar en cualquiera de ellas.

Fue entonces cuando lo imposible, lo inexplicable, ocurrió.

Doe sintió algo extraño, como si su mente se pusiese a pensar sin su permiso. Y una voz interna, que no era la suya, resonó en su espíritu con una claridad que le hizo estremecer.

¡Cuidado, Doe! Jim está en la segunda puerta, a la derecha, y se acerca ahora para ametrallar el pasillo...

Dink, profundamente emocionado, avanzó decididamente, penetrando en la primera estancia a la derecha, justo en el momento en que Jim, armado de una metralleta, asomaba por la puerta siguiente, barriendo el pasillo y la escalera con una furiosa ráfaga.

Se echó inmediatamente atrás, cosa que Dink aprovechó para saltar, a su vez, directamente, en la habitación siguiente, disparando al entrar una ráfaga que dio de lleno en el cuerpo del bandido.

Mientras, Carlo había recorrido casi la totalidad de la planta inferior antes de darse cuenta de que la ventana de la cocina se hallaba abierta, lo que demostraba que alguien acababa de huir por allí.

Saltando fuera, por la parte posterior de la casa, corrió hacia, el bosque, tomando el único camino practicable que por allí había.

Poco después veía, a lo lejos, la silueta de un hombre que, con un pesado maletín en la mano, corría desesperadamente.

Daveira apretó el paso.

Al darse cuenta de que era seguido, Brocard se volvió, haciendo unos disparos contra Daveira, que oyó silbar las balas cerca de su cuerpo.

Pero Carlo no era de los hombres a los que unos disparos detienen, a menos de que las balas lleguen al sitio previsto. Corriendo aún más, obligó a su adversario a aumentar la velocidad.

¡Por poco tiempo!

Cuando el temible portugués comprobó que se hallaba a una distancia suficientemente corta, se detuvo. Y sus manos se movieron entonces con una velocidad pasmosa.

¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Los cuchillos salían, como por ensalmo, de sus fundas de cuero cordobés, que Carlo se había hecho fabricar en una de sus visitas a España. Y siguiendo la fatal trayectoria que su certera mano les imprimía, los cuchillos fueron clavándose en la espalda de Brocard,

cuya carrera se vio segada, cayendo bruscamente de rodillas, antes de hacerlo de bruces.

—¡Tres por Jean Level —exclamaba Carlo mientras tiraba— y tres por Toni Marelló!

La totalidad de su «carga».

Entre tanto, Doe había bajado la escalera encontrándose con Tadore en la entrada de la casa.

Los dos hombres se miraron largamente sonriéndose después.

—Gracias, Dad. ¡Muchas gracias! —dijo Dink, estrechando la mano del indio.

Dad exclamó:

—No merece la pena. ¿Y Carlo?

—Vamos a buscarlo.

Oyóse un silbido en aquel momento y Doe salió, con el otro, por la parte posterior, reuniéndose poco después con el portugués.

Éste había abierto el maletín de Brocard, que estaba repleto de dinero hasta los bordes.

—Ya se ha terminado todo —dijo, guardándose los cuchillos que había limpiado en la hierba.

—El viejo estará satisfecho —dijo Tadore.

—¡Hombre! Se me ha ocurrido una idea —intervino Dink mirando al indio—. ¿No podrías comunicar desde aquí, amigo, la noticia de haber terminado este asunto? Seguro que el viejo estará quemándose de ganas de fumar un habano...

Tadore sonrió...

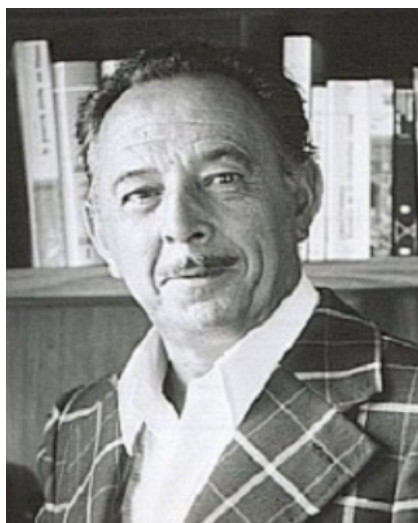
—Estamos muy lejos de Washington —dijo—, pero puedo hacer que los «Chispas», sin darse cuenta, comuniquen a la Central que todo ha concluido. Así, el viejo, al saber la noticia, podrá fumarse su habano de la victoria...

—Hazlo entonces.

Tadore entornó los ojos.

Poco después, a millones de kilómetros de allí, un interfono se ponía en marcha, comunicando unas noticias, unos labios se entreabrían en una sonrisa de satisfacción y una mano se alargaba, levantando una tapa de una caja donde reposaban alineados cuidadosamente, una serie de habanos, uno de los cuales, instantes después, dejaba escapar una humareda delicadamente azul.





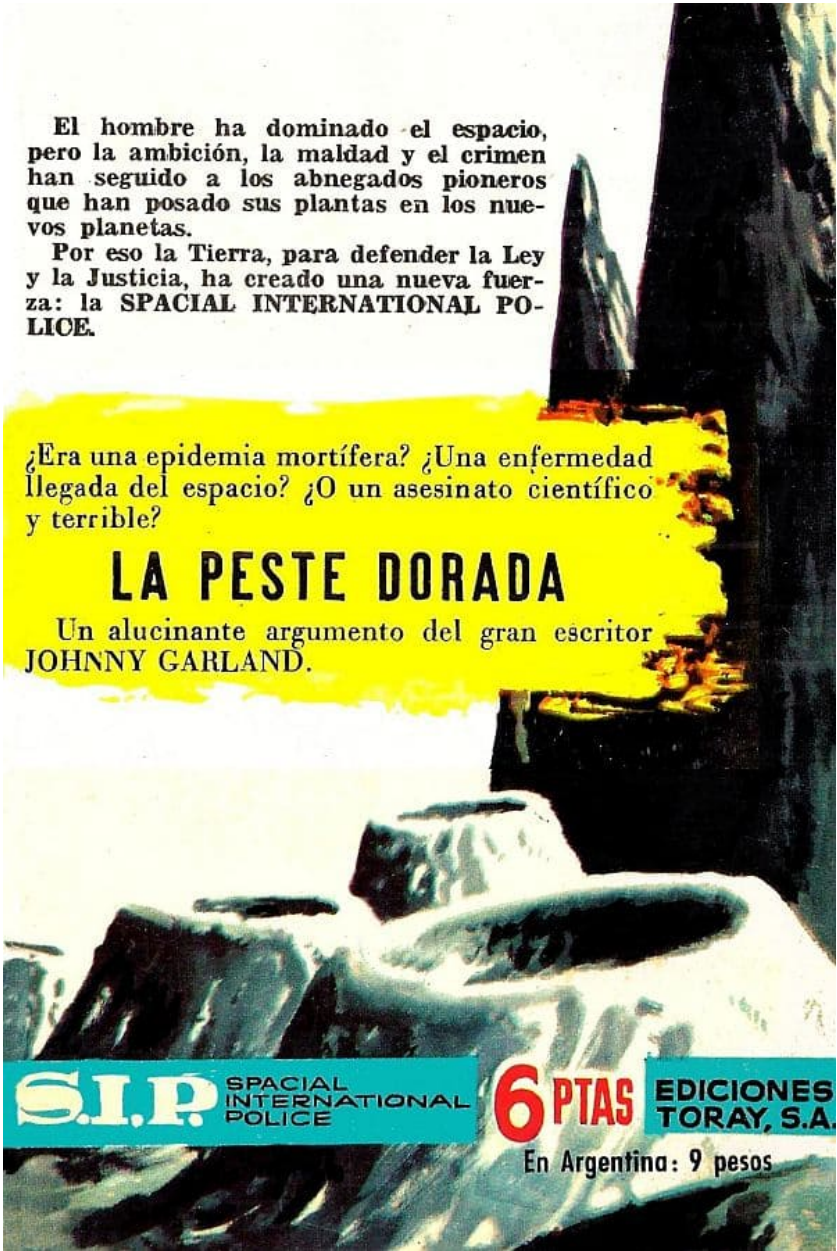
ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones... y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.

S. Thels,

W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons... El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.



El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Era una epidemia mortífera? ¿Una enfermedad llegada del espacio? ¿O un asesinato científico y terrible?

LA PESTE DORADA

Un alucinante argumento del gran escritor
JOHNNY GARLAND.

S.I.P.

SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDICIONES
TORAY, S.A.

En Argentina: 9 pesos

Notas

[1] Literalmente, «barco-mosca». Pequeñas naves, lujosas, que surcan el Sena durante la noche, constituyendo verdaderos locales de diversión nocturna, uniendo a los encantos de la música y la buena mesa, el aliciente del viaje por el río, desfilando a lo largo de un París iluminado que constituye un espectáculo único. < <

[2] Los «Chispas». Así son llamados, en la SIP, dos jóvenes franceses que constituyen el equipo electrónico más estupendo que se ha conocido. Los lectores conocen ya a André Levigneux y Charles Dubon, magos de los electrones, y que les han hecho pasar buenos ratos en anteriores aventuras. < <

[3] La utilización de satélites artificiales para la transmisión de televisión es ya un hecho. Utilizándolos como estaciones retransmisoras, se vencen cuantos obstáculos se ofrecen a las ondas emitidas desde la Tierra. En un futuro próximo, las emisoras de televisión podrán abarcar con sus emisiones la totalidad del Globo terráqueo. < <

[4] ¿Ha leído usted Prueba de sangre? Si lo ha hecho, conocerá ya la historia de Doe; si no, léala ahora mismo. Es el número 29 de esta colección y, sin duda, uno de los mejores de W. Sampas. < <